
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
HÁLITO DE CERA Y MUERTE
BEN RAMSAY

Desde allí pude ver lo que ninguna otra persona ha logrado siquiera soñar en la más espantosa de las pesadillas.

Me acurruqué en aquel rincón de forma inverosímil, retorciendo todo mi cuerpo, en un loco intento de pasar desapercibido.

Podía decirse que no estaba ocurriendo nada, pero lo cierto era que todas las figuras de cera que tenía al alcance de mi vista, se estaban moviendo. Se balanceaban casi sin sentir, al compás de algún ritmo vedado a mis oídos.

Les brillaban los ojos en la blancura lechosa de la sala, no con la fría indiferencia del cristal con que estaban fabricados, sino con un fulgor demoníaco de diversas tonalidades de rojo.

¡Igual que relucían los ojos de Jane Meigs cuando se volvió a mí al pie de la escalera!

No me importaba nada en aquellos momentos de angustia saber los diversos personajes que representaban, pero sí lo que estaban haciendo. Insensiblemente, vibrando sobre sus bases, se movían y formaban un pasillo cada vez más definido, desde la penumbra del fondo, hasta el lugar preciso donde yo estaba escondido.

¡Las figuras de cera sabían que yo estaba agazapado allí!



Ben Ramsay

# Hálito de cera y muerte

## Bolsilibros: Selección Terror - 44

**ePub r1.0**

**Titivillus** 13.02.15

Título original: *Hálito de cera y muerte*
Ben Ramsay, 1973
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



*A don José Pernas, creador del Museo de Figuras de Cera,*
*en Barcelona.*



SELECCION
TERROR

# DOS AÑOS DESPUÉS

En la Redacción del *New York Times*, una mañana del mes de julio, con el correo certificado, como uno más de los cientos de originales no pedidos que se recibían todos los días, llegó un voluminoso paquete consignado a nombre del redactor-jefe.

El sobre traía el remite de una ciudad que había sido arrasada por un incendio un par de años antes, y que, por tanto, acaparó en aquella época las primeras páginas de toda la Prensa del país.

Este hecho insólito e increíble, y el manuscrito ajado y en malas condiciones que venía dentro del paquete, llamaron la atención del ordenanza encargado de abrir la correspondencia.

Así, con esta sencillez, se inició uno de los más terribles episodios de la historia oculta y macabra de la humanidad… ¡Con la simple llegada de un sobre a la Redacción de un periódico!

Coling, que así se llamaba el ordenanza, lo dejó a un lado de la mesa, pensando que allí podía haber algo aprovechable.

Llevaba muchos años haciendo el mismo trabajo y había llegado a adquirir un sexto sentido para saber dónde estaba la noticia.

Cuando entró en el despacho de Wilmat, de toda la correspondencia recibida únicamente llevaba en la mano el manuscrito procedente de la ciudad desaparecida.

—Aquí tengo algo extraño, Wil —dijo con familiaridad—. Tiene que ser una broma, pero no me explico cómo lo han hecho. Este montón de cuartillas nos lo envían desde Kovrin White, y esa ciudad no existe.

—¿Y qué?

A Meklejohn Wilmat nadie le llamaba por el nombre, ni por el apellido completo. Era simplemente Wil, y el resto de su personalidad residía en el manejo de su insoportable lengua.

—Que he pensado que habrá que leerlo —repuso Coling, sin dejarse atemorizar por el tono de la pregunta—. Todo esto está

demasiado desordenado, sucio… ¡Es raro!

—¡Déjame ver!

Efectivamente, Wilmat se encontró con unas docenas de cuartillas de todos los tamaños, escritas por ambas caras, destrozadas por los bordes y mal encajadas entre las tapas de un cuaderno viejo.

—¿Quién lo envía? —preguntó, sin levantar los ojos para nada. No le gustaba tener delante a Coling y su estrabismo acentuado. El hombre tenía los dos ojos eternamente pegados a la nariz.

—Un tal William Gardiner. Aparece firmando la historia.

—¿Has leído estos papeles, Coling?

—Algo, jefe.

—¡Por todos los diablos! —rugió Wilmat—. ¡Si ya sabes de qué se trata, dilo de una vez!

Coling se sonrió, socarrón, y toda su cara se iluminó de felicidad. Ya lo tenía cogido…

—Me parece que es una relación de lo que ocurrió en el Museo de Figuras de Cera de esa ciudad fantasma —dijo—. Está escrito por una persona culta, pero no por un profesional. Cuenta unas atrocidades increíbles… Algo que no puede ocurrir en los tiempos que vivimos. ¡Pone los pelos de punta! Si solían pasar cosas así en Kovrin White, ya no me extraña que haya ardido por los cuatro costados.

—¿Es interesante?

—Es el relato de una orgía de sangre y de muertos. Ahí sólo se habla de cadáveres, de asesinatos, de figuras de cera que… bueno, a ti no te gustan estas cosas.

Las últimas palabras del ordenanza quedaron flotando en el ambiente del despacho.

—¡Estás borracho, Coling! —Wilmat miró al fin al hombre que tenía delante. Quería comprobar personalmente si daba muestras de desequilibrio.

—No estoy borracho, Wil. Sólo que soy bizco…

Coling sabía lo profundamente que le molestaba a Wilmat aquel defecto suyo. Tenían montada entre ellos una pequeña guerra, a pesar de que se respetaban y sabían siempre estar cada uno en su puesto.

—No me gustan esas chanzas, Coling; lo sabes…

—Yo no soy una chanza, Wil. Ni este manuscrito tampoco. A pesar de todo, puedo leer…

—¡No sigas por ese camino! Te puedo echar del periódico con una sola palabra.

—¿Y quedarte sin la mitad de las noticias más interesantes…? No, no me echarás nunca. Quieres demasiado a tu sucio pellejo…

—¡Vete al diablo, maldito ordenanza!

Ya habían cumplido el ritual de sus entrevistas: sacarse mutuamente de quicio. Ahora, Coling contestó en serio:

—Ahí te he separado el recuadro donde vienen las señas, jefe. Verás que está realmente certificado en Kovrin White. Todo está en regla.

—¡Esto no puede ser! —aulló Wilmat, cuando se hubo cerciorado de la verdad.

—Pues ya ves que sí puede ser… —Coling estaba saboreando como un experto la perplejidad de su jefe—. De allí viene…

—¿Quién más ha visto esto?

—Nadie.

—Llama a Kerry. Que él se encargue del asunto.

—Ya lo hice. Está esperando fuera a que le llames.

Wilmat miró de nuevo a su subordinado, con sus acerados ojos grises. La vida de Coling se reducía a observarlo todo desde su puesto de ordenanza, pero sabía más de las interioridades del periódico que él mismo.

Kerry Bokker entró en el despacho de Wilmat.

El más hábil redactor de la sección era un hombre maduro, con cabellos blancos en las sienes, pero de movimientos ágiles en un cuerpo corpulento, sin sombra de obesidad.

Rondaría bien los cincuenta años.

—¿Qué quieres, Wil? —dijo.

—Echa un vistazo a estos papeles, y dime qué te parece…

—Hoy no puede ser —repuso la voz calmosa de Kerry—. Tengo mucho que hacer. Debo ir a Atlanta para averiguar qué hay de cierto en unos rumores muy interesantes…

—¡Pues llévalos contigo! Si te parece interesante la estupidez de Atlanta, aprovecha al menos el tiempo en hacer algo útil. Coling te pondrá al corriente de las tonterías que me ha dicho a mí. ¡Y ahora, quitaros los dos de mi vista!

Un mes más tarde de esta conversación, desde el director del periódico, hasta el más conservador de los propietarios del mismo, estaban convencidos de que aquella historia era necesario publicarla.

Wilmat había hecho un buen trabajo puliendo el texto, sin hacer desaparecer del todo el aire de ingenuidad que tenía primitivamente el relato.

Y esa versión fue la que el *New York Times* dio a sus lectores en el transcurso de una semana.

Todos los Estados Unidos estuvieron pendientes del desenlace de la espeluznante e interesante historia.

Kerry Bokker salió en dirección a las ruinas de Kovrin White con la esperanza de poder terminar el reportaje a partir del momento en que éste se interrumpía bruscamente con la horrible muerte del hombre que lo inició.

Porque, ¿quién era entonces la persona que había redactado esta muerte con diferente letra, y que había salvado el manuscrito de la destrucción total de la ciudad?

# LIBRO PRIMERO

## EL MANUSCRITO

# CAPÍTULO PRIMERO

Me llamo William E. Gardiner, y no tengo ni idea de por dónde voy a comenzar.

Sé que tengo en las manos el empleo que más he deseado en toda mi vida, y que ha salido de entre la gran cantidad de ofertas que publican las páginas dominicales de los diarios.

Yo mismo fui quien se ofreció.

Sólo, que ahora que lo he conseguido, *es preciso* sacarlo adelante a toda costa. En el fondo, no soñaba siquiera con un resultado tan fulgurante en tan poco tiempo.

Era cosa de creerse que llevaban años esperando por un tipo como yo.

No se lo he dicho a ninguno de mis amigos. Por no saber, no saben ni adónde voy. No quiero cometer en esta ocasión los mismos errores que he repetido cien veces en otras épocas de mi vida.

La sistemática equivocación a que me refiero, y que tantas veces ha sido mi perdición, es la manía que tengo de hablar demasiado, de presumir demasiado delante de la gente.

Pero, ahora que el trabajo me interesa realmente, me he callado, no he dicho nada, y he decidido poner en práctica un truco que pienso dará los mejores resultados.

Como sé que no podré resistir la tentación de referirme a mi propia experiencia en el museo, he decidido desahogarme sobre las mudas hojas de este cuaderno.

Si todo sale medianamente bien, comunicaré mi nueva posición a los amigos, y romperé estos papeles. Si sale mal, nadie lo sabrá esta vez.

Estamos a 10 de mayo de 1972, y me encuentro sentado en mi despacho. En la puerta de cristal transparente del pasillo, hay colocado un letrero donde escuetamente dice: «Director».

Cuando ayer atravesé por primera vez ese mágico umbral, supe

con profunda certeza que había alcanzado la verdadera meta de mi vida, y el lugar donde, en verdad, iba a ser probado.

Soy el director del Museo Histórico de Figuras de Cera, de Holborn, una más de las ciudades del estado de Nueva Inglaterra, en tierras americanas.

Yo también soy americano, tengo treinta y tres años, me conservo soltero, gozo de buenas maneras, magnífica salud y estoy en posesión de casi todos los títulos que sobre ciencias ocultas se pueden conseguir en esta nación.

Anteayer estaba aún en mi anterior residencia en Atlanta, pero un vuelo rápido me ha dejado cerca de mi destino. Casi no traigo equipaje, pero es que tampoco poseo demasiadas cosas.

Un coche alquilado me introdujo, ayer, en cuatro horas de mala carretera, en el profundo valle donde se extiende Holborn.

La ciudad es un núcleo de población dedicado al comercio y la agricultura, perdido en una zona con poca densidad de habitantes, en la que no existen fábricas, ni casi comunicaciones.

En el tiempo que duró el viaje en automóvil no había visto más que las ruinas de unos cobertizos.

Las altas montañas que rodean a la ciudad, mantienen a ésta en sombra todo el día. Cuando no son los montes del Sur, los llamados Sierra del Buitre, son las altas escarpaduras del Norte, las que no dejan llegar al suelo los rayos directos del sol.

Durante la mañana y la tarde, se ve avanzar por las calles de Holborn una línea muy definida de sombra espesa, que va dejando los edificios casi a oscuras.

Además, la neblina propia de estos encajonamientos entre montañas, no se retira jamás de la ciudad. Parecía como si alguien hubiese extendido un manto gris a la altura de las casas uniformemente bajas que constituyen el refugio de los, aproximadamente, diez mil habitantes de la ciudad.

Éstas y otras impresiones superficiales, las fui recogiendo durante la vuelta de inspección que di por los alrededores del museo.

Jane Meigs me explicó que no debía preocuparme por ello. Que el clima, a pesar de su apariencia tétrica, era seco, y, por lo tanto, sano. Esta Jane de que hablo, es la dueña del hotel donde me tenían alojamiento reservado.

Es una mujer joven, muy esbelta sin ser delgada, con unas magníficas piernas largas y finas, que enseña con orgullo aprovechando la moda de las minifaldas y los *shorts*.

Cuando la vi por primera vez llevaba puestos uno de estos pantaloncitos, tan pequeños, que incluso a mí me parecieron inadecuados para el provincionalismo de Holborn.

Desde otro punto de vista, era una gloria ver aquellas manifestaciones de la perfección femenina. La cintura estrecha servía para realzar aún más la suave configuración de sus caderas y la perfección de un busto agresivo y proporcionado.

Su cara era de las que a mí me gustan, de pómulos altos, ojos separados, pelo suavemente rubio y tez dorada.

—¡Buenos días, señor Gardiner! —saludó al verme entrar en el hotel—. Le estábamos esperando.

—¡Hola, señorita! —No pude adivinar cómo supo quién era yo. Y esto se debió notar en mi expresión, pues añadió rápidamente:

—Soy Jane Meigs, la dueña de esto. Y usted es el señor Gardiner, porque vi la fotografía que mandó a la comisión del museo. Uno de los miembros es tío mío, y me la dejó ver. Sentía una gran curiosidad por saber cómo era el nuevo director…

—¿Y qué le parece? —Le seguí la corriente.

—Me parece muy bien —dijo—. No tenemos aquí demasiados huéspedes interesantes. Ya sabe, abundan los viajantes de comercio, los agricultores de la zona, gente así… Usted es distinto.

El hecho de que yo fuera distinto parecía hacerla feliz. Me condujo al pequeño bar del vestíbulo y quiso que la primera copa en Holborn la tomase en su compañía.

—Es un obsequio del hotel, William —dijo, sentándose en uno de los altos taburetes de la barra. Vistas así, sus piernas resultaban demasiado turbadoras—. ¿No le molesta que le llame por su nombre, verdad?

A mí no me molestaba nada en absoluto de lo que pudiese hacer aquella encantadora criatura. Decidí allanarle el camino, si su intención era intimar conmigo.

—Puede incluso llamarme Willy, como hacen mis amigos —le sonreí, recuerdo que le sonreí—. Siempre y cuando yo pueda llamarla Jane.

—¡Oh, sí! Me gustará mucho. Nunca he conocido a un profesor

de magia…

—¿De magia, yo? —Aquello me sentó como un puntapié—. No sé de dónde ha podido sacar esa tontería, Jane.

—Me lo ha dicho mi tío. Usted viene a saber qué pasa entre las figuras de cera del museo, y para eso es necesario ser un mago. Lo sé, Willy.

—Yo no soy mago, Jane. He estudiado algo de ciencias ocultas, y nada más. Vamos a dejar este asunto. Por otro lado, ¿qué cree que pasa en el museo?

—¿Es que no lo sabe? —Ahora era la chica quien se mostraba extrañada—. Pues que las figuras se rompen solas.

—Nada se rompe solo. Jane —argüí con paciencia—. Alguna causa tiene que haber, y cuando se descubra, verá que es una tontería. De todas maneras, no me habían dicho nada.

Jane Meigs me miró con atención. Torció su cabecita encantadora y entornó los ojos con astucia.

—¿Cuánto le pagan? —me preguntó.

—Eso es cosa mía.

—Le pagan ochocientos dólares al mes. Eso es mucho dinero para un simple trabajo de rutina. ¿No lo había pensado usted?

Sí, sí lo había pensado. Pero no era con Jane con la persona que iba a discutirlo.

Decidí que lo mejor era cambiar de conversación.

—No he estado aún en el museo —dije.

—¡Oh, es maravilloso! Iremos juntos a hacer la primera visita. Ande, suba a la habitación y cámbiese. Yo le espero aquí.

—Pero, Jane, es casi de noche —me defendí—. Iré yo mañana a hacerme cargo de mi puesto y usted me esperará para comer, y luego me enseñará la ciudad. No haremos otra cosa.

—¿Tiene miedo, Willy?

—Decir eso es impropio de usted —contesté enfadado.

—Me encantaría ver el museo de noche. Yo tampoco tengo miedo de una colección de armazones de madera y yeso, con rostros y manos de cera. Eso son las figuras, ¿verdad?

Se le notaba ansiosa por demostrarse a sí misma que era capaz de vencer alguna prueba oculta, alguna leyenda que no había sido capaz de desterrar de su mente.

—Yo nunca he estado en el museo.

—¡Pero yo sí! Lo conozco como la palma de la mano. Cuando lo estaban construyendo iba todos los días.

La verdad es que me estaba apeteciendo salir un rato de noche con aquella beldad.

Los museos que había visto anteriormente no me habían impresionado lo más mínimo, ni tampoco había tenido la oportunidad de analizarlos desde dentro. Iríamos, si ése era el deseo de Jane.

No había nadie tras la barra a quien pagar y se lo dije a la joven.

—Aquí la gente nunca está cuando se la necesita. Willy… Pero no se preocupe. Todo estará a punto en su justo momento.

No sé por qué creí adivinar una maligna reticencia en aquellas palabras. Me pareció que, desde mi llegada, no había visto a nadie en el hotel, pero tampoco estaba seguro. Demasiado pronto me había dejado atrapar por el encanto que emanaba de la dueña.

Sin más, salimos a la calle y nos dirigimos al museo.

Ya había empezado a oscurecer y no se veía un alma por la calle. En algunas ventanas había luz, pero los escaparates de las tiendas, los portales, e incluso un par de bares que encontramos en el camino, estaban totalmente apagados.

—Pronto se retira la gente en Holborn —observé—. Está todo el mundo en sus casas.

—Sí…

La verdad es que yo, salvo al conductor del coche y a Jane, no había visto todavía a nadie.

Llegamos frente al museo, y atravesamos la plaza y los jardines que se extendían delante de la fachada principal.

El edificio era un viejo caserón de dos pisos, todo construido en piedra, con ventanas ojivales y negras columnas sujetando el friso del tejado.

Por la parte superior terminaba en un bosque de cúpulas estrechas, bóvedas puntiagudas y pequeñas protuberancias abuhardilladas.

Al alcanzar las primeras escaleras del exterior, me sobrecogió el silencio y la soledad que quedaban a nuestra espalda. Los árboles se mecían al soplo del viento y de sus hojas partía un susurro amenazador.

—Esta plaza parece pertenecer a una ciudad muerta, Jane —

musité, vencido por el ambiente.

—Sí…

Los monosílabos silbantes de la joven tenían la virtud de ponerme nervioso. Se había echado sobre los hombros una capa negra larga hasta los pies, y no quedaba nada de la encantadora joven que yo había conocido.

La puerta estaba abierta y entramos.

# CAPÍTULO II

Inmediatamente se presentó a mis ojos el arranque de una anchísima escalera que subía al piso siguiente, y que se bifurcaba en dos ramales, a derecha e izquierda, al llegar al primer recodo.

Al pie de la misma, dos soldados del ejército inglés de la época anterior a la independencia, hacían guardia, tremendamente quietos dentro de sus uniformes escarlata.

—¿De dónde proviene esa luz? —pregunté a Jane.

—Entra por las ventanas. Es la luna, que ha debido salir ya.

¡Bendito Dios! ¡Eso no podía ser! En ninguna parte de la tierra se asoma la luna tan instantáneamente como para vencer la rapidez del simple gesto de atravesar una puerta. La plaza que acabábamos de dejar a nuestras espaldas estaba más negra que una tumba… ¡No era la luna lo que prestaba aquella difusa claridad a las cosas!

Miré a Jane y no pude ver su expresión, pues la joven se encontraba delante de mí, empezando a subir las escaleras.

Su pie quedó en el aire ante el terrible alarido que retumbó por todo el caserón. Se volvió entonces, y vi que su cara estaba blanca como un sudario y que le brillaban los ojos de fiebre. Los tenía rojos como carbones encendidos.

El terrible gemido de agonía no paraba, y seguía creciendo dentro de nuestro cerebro, como una marea de terror incontenible.

—¡Es arriba! —gritó mi compañera.

—¿Dónde?

—¡En la cripta de los ajusticiados!

—¡Vamos! Alguien se ha hecho daño. ¡Debemos ayudarle!

Mi mente científica se esforzaba por espantar el caos de pensamientos que me producía el continuo grito.

El lamento pasaba por todas las escalas del sufrimiento humano, y, a veces, tenía reminiscencias de bestia herida, de animal cogido en una dolorosa trampa. Me hacía daño en los oídos y ponía un

nudo en mi garganta.

Con las manos agarrándome la cabeza y dando vueltas sobre mí mismo, pateando con frenesí en un intento desesperado de alejar el terror contagioso de un ser vivo cuyo dolor era mayor de lo soportable, no pude menos de pensar en cualquiera de los ocultos conjuros que se pueden invocar equivocadamente, y que sumergen al imprudente que los lleva a cabo en las más refinadas torturas de la mente y el cuerpo.

Sentía un frío glacial en la espalda y notaba que mis cabellos estaban de punta.

El alarido cesó entonces, con un último trémolo ronco, como el que produce la asfixia, ¡como el que daría una persona a la que están estrangulando!

Corrí desolado en dirección adonde creía que estaba la fuente del lamento, pero me detuvo la salvaje exclamación de Jane:

—¡No te detengas, corre, no te detengas! ¡Por aquí!

Cambié el sentido de mis pasos tan precipitadamente, que a punto estuve de perder el equilibrio. Por instinto, me agarré a lo que tenía más cerca y que resultó ser uno de los soldados de uniforme escarlata.

Un nuevo rugido retumbó entre aquellas paredes, pero esta vez había salido de mi propia garganta. ¡La figura de cera que había tocado estaba caliente! ¡Tenía mi misma temperatura, no la adecuada al material frío y viscoso con que estaba hecha!

No tuve tiempo de recordar con claridad lo que me había obligado a detenerme tan súbitamente, pues toda otra sensación quedó muerta ante semejante contacto.

Estaba apartándome, aterrado, de la figura del soldado, cuando un mayor horror vino a sumarse a los ya pasados.

¡Jane Meigs no estaba en su sitio, y su capa formaba un pequeño montón de arrugas al pie de la escalera!

—¡Jane! ¡Jane! —grité con toda la fuerza de mis pulmones.

El eco devolvió parte de mi llamada, y a continuación estalló una terrible carcajada, seca como el raspar de una lija sobre acero, y aguda como el maullido de un gato moribundo.

Inmerso por completo en tan tremendo e hiriente ruido, no supe qué hacer. Recordé la última recomendación de la desaparecida joven y corrí escaleras arriba.

Ahora estaba solo en aquel caserón y se despertaban en mi alma los más profundos terrores provocados por la soledad y el miedo a lo desconocido. Esos terrores que todos los hombres llevamos impresos desde el momento de nacer.

En el punto de bifurcación de la escalera, donde arrancaba el ramal de la derecha, se hallaba colocado un grupo de pieles rojas, sentados en cuclillas.

Las plumas de sus tocados de guerra brillaban en la oscuridad y un rayo de la increíble luna caía en medio de la artificial hoguera, dando una apariencia de fuego vivo a los cartones pintados con que estaba hecha.

Fui a pasar, y vi cómo los indios hacían ademán de moverse un poco, cerrándome el camino. No me miraron, pero noté cómo se tensaban bajo la ropa, los músculos de sus brazos y piernas.

Di media vuelta, con ambas manos tapándome la boca, en un desesperado esfuerzo para no volver a gritar. Un ligero roce a mi espalda, aceleró al máximo mi subida por el otro tramo de escalera, y fui a darme de bruces contra la parte posterior del caballo que sostenía a la figura del general Custer, del 7.º de Caballería.

¡El sable de éste cayó con estrépito a escasos centímetros de mi cabeza, y un relincho de ira atravesó de parte a parte la gran bóveda del vestíbulo!

Pensé que todo aquello acabaría por resultar superior a mis fuerzas, y seguí corriendo.

Hubiera buscado la puerta de la calle, abandonando a Jane y a mi propia dignidad dentro de las paredes del museo, si no hubiese tenido que pasar de nuevo cerca de los atentos indios y los calientes soldados.

Llegué arriba, y noté con estupor que la claridad era todavía mayor en aquel piso.

Un movimiento imperceptible que capté a mi derecha, me obligó a ocultarme tras la protección de un armario lleno de armas blancas antiguas. Desde allí pude ver lo que ninguna otra persona ha logrado siquiera soñar en la más espantosa de las pesadillas.

Me acurruqué en aquel rincón de forma inverosímil, retorciendo todo mi cuerpo, en un loco intento de pasar desapercibido.

Podía decirse que no estaba ocurriendo nada, pero lo cierto era que todas las figuras de cera que tenía al alcance de mi vista, se

estaban moviendo. Se balanceaban casi sin sentir, al compás de algún ritmo vedado a mis oídos.

Les brillaban los ojos en la blancura lechosa de la sala, no con la fría indiferencia del cristal con que estaban fabricados, sino con un fulgor demoníaco de diversas tonalidades de rojo.

¡Igual que relucían los ojos de Jane Meigs cuando se volvió a mí al pie de la escalera!

No me importaba nada en aquellos momentos de angustia saber los diversos personajes que representaban, pero sí lo que estaban haciendo. Insensiblemente, vibrando sobre sus bases, se movían y formaban un pasillo cada vez más definido, desde la penumbra del fondo, hasta el lugar preciso donde yo estaba escondido.

¡Las figuras de cera sabían que yo estaba agazapado allí!

¡Entonces aparecieron, materializadas en la distancia, dos figuras vestidas de etiqueta, erectas e impersonales, vivas y muertas al mismo tiempo, que conducían a Jane Meigs a mi presencia!

La chica se debatía con desesperación, atada de pies y manos, dentro del reducido campo que le dejaban las inamovibles zarpas de cera de sus captores.

Al avanzar por el centro del pasillo, manos blancas y ansiosas le rozaban y arañaban la carne, sin que ella se quejase. Sólo cuando estuvieron más cerca, averigüé la razón de su silencio.

¡Le habían metido en la boca un extremo de su propia blusa, que colgaba a jirones ensangrentados de su cuerpo!

Fue este último horror, el que pareció devolverme las fuerzas. ¡Si no hacía nada por evitarlo, allí mismo, cuando llegasen al armario de los puñales, en mi presencia, iba a asistir a la destrucción lenta y brutal de mi reciente amiga!

Me levanté adelantando un par de pasos, y recité con voz tonante la fórmula del conjuro contra la vida inanimada. Lo había aprendido en los últimos años de mi doctorado, pero jamás había pasado de ser un conocimiento teórico, sin certeza alguna sobre su eficacia.

Las palabras habían sido descubiertas en el Libro Sagrado de Avaón, el dios de los gusanos que nacen en los muertos.

No bien hube acabado la invocación mágica, mi asombro no tuvo límites al notar que todo quedaba en una inmovilidad absoluta y que, lentamente, la luz desaparecía hasta sumirse el salón en la

más profunda oscuridad.

El silencio se hizo tangible, al desaparecer los mil roces increíblemente tenues que antes se producían.

Encendí un fósforo, y me dispuse a liberar a Jane. Debía encontrarse en el paroxismo del terror, y quizá se había desmayado.

Antes de que la exigua luz que me acompañaba se extinguiese, pude comprobar que el pasillo de figuras de cera no existía, que cada una estaba colocada en su sitio, que ni ojos ni manos tenían ya vida, y que no había ni rastro de Jane Meigs en todo lo que abarcaba la vista.

La normalidad era absoluta.

Sabedor de las tremendas jugarretas que pueden proporcionar la lucha de un conjuro contra otro, salí del museo antes de que las cosas volvieran a complicarse.

Estaba seguro de que Jane Meigs dormía tranquilamente en su cama, ajena, por completo, a las maquinaciones que se habían hecho con su aliento vital.

Como esperaba, los indios de la escalera no me molestaron, y los soldados escarlata debían tener ya su temperatura normal, aunque confieso que no me apeteció comprobarlo.

Cuando, ya cerca de la puerta, una corriente de aire apagó la última cerilla de que disponía, no pude evitar el dar un irreflexivo salto de pavor, y, al fin, me encontré en la plaza con jardines, fuera de las paredes del museo.

Todavía era noche cerrada.

Tropecé con muchas esquinas, aceras, postes y objetos indeterminados en mi camino de vuelta, pues no quedaba una sola luz encendida en todo Holborn.

También el hotel estaba a oscuras, y únicamente una pequeña vela iluminaba el casillero de las llaves. Tomé la mía y subí a la habitación.

Con un movimiento reflejo, acerqué la mano al interruptor de la luz, y lo hice bajar.

Me vi obligado a cerrar los ojos con violencia ante el terrible golpe de claridad que recibieron, y un estúpido escalofrío recorrió todo mi cuerpo.

Después de la noche pasada, hasta el simple hecho de encender la luz en una habitación, me producía sobresalto.

# CAPÍTULO III

Ya dije ayer la satisfacción que me produjo entrar en este despacho, y sentarme en *mi* mesa.

He visto cómo están las cosas en el Museo, y tanto la señorita Neumann, mi secretaria, como el señor Dickinson, el encargado de cuidar las figuras, me han ayudado en el trabajo.

Como soy un hombre desordenado por excelencia, y la obligación que me he impuesto de escribir un diario no me agrada demasiado, he pensado obligarme a ello todos los días a la misma hora: cuando el Museo cierra sus puertas al público, y todavía es pronto para ir a cenar. Por lo tanto, escribiré siempre de noche.

Ahora mismo, ya resulta necesario encender la lámpara verde que tengo sobre la mesa.

Empezaré por decir que hoy ha sido un día muy interesante.

La curiosidad de hacerme cargo del Museo a plena luz, y la mala noche que pasé ayer, me hicieron madrugar.

Cuando abandoné el hotel, todavía no había nadie levantado. No pude ver a Jane Meigs, y lo sentí, porque me hubiese gustado mucho preguntarle cómo se las arregló para volver a casa. De todas formas, no creo que se me escape a la hora de comer.

Tenía el desayuno en el lugar previamente asignado en el comedor y me ha gustado cómo estaba servido. Todo el mundo es muy amable conmigo. Parece ser que me equivoqué ayer cuando se adueñó de mí tan desfavorable impresión sobre Holborn. Sin querer, fui injusto.

Bien es verdad que la gente no se levanta temprano, pues al venir esta mañana hacia aquí, no he visto ni un alma por la calle.

La ciudad está limpia y es bonita. Parece como si se hubiera detenido hace cien años, pero eso mismo le proporciona un sugestivo encanto.

La señorita Peveril Neumann, mi secretaria, entró en el despacho

tan pronto como la llamé por el teléfono interior, y me gustó desde el momento que la vi.

Es bastante bien parecida en su aire moderno y desenvuelto, aunque tiene el infantil encanto de una niña, en contraposición a la mujer hecha y derecha que es la dueña del hotel.

Peveril es morena, algo baja, muy bien formada y viste con elegancia. Tiene los ojos azules y unos dientes blanquísimos.

Cuando se acercó a mí, parecía conocerme de toda la vida.

—¡Buenos días, señor Gardiner! —dijo, con una voz que parecía de cristal—. Me alegra mucho que esté con nosotros. Verá en seguida lo interesante que es nuestra tarea: se pueden hacer muchas cosas y el público lo agradece. Tenemos muchos visitantes…

—Encantado de conocerla, señorita —repuse—. No la habré interrumpido, ¿verdad?

—No se preocupe —me contestó—. Yo siempre estoy para lo que usted quiera…

—Muchas gracias, señorita Neumann. Ahora, sólo quiero charlar unos segundos con usted y que me conteste algunas preguntas.

—Sí, señor.

—Lo primero es apear los formulismos. No los soporto. Yo soy William y usted es Peveril. ¿Conforme?

—¡Conforme! —Siempre estaba entusiasmada.

—Entonces, dígame, Peveril, ¿en qué se funda ese rumor de que algunas veces las figuras del Museo aparecen rotas por las mañanas?

El rostro de la chica se ensombreció.

—La gente habla mucho… —contestó con desgana—. Es cierto que alguna vez hemos tenido accidentes, pero se deben más bien a errores de construcción de las figuras, que a descuidos del personal del Museo.

—A ver, explíquese, amiga mía…

—Pues que algunas figuras no están bien aplomadas sobre la base, y se van torciendo poco a poco. Un día se caen, y ya sabe usted de qué están hechas. Quedan completamente destrozadas.

No podía yo olvidar lo ocurrido la noche pasada y quise cerciorarme.

—¿Ha habido últimamente algún destrozo especial? —Mi pregunta iba cargada de intención.

—Me temía que usted dijese eso, señor. Precisamente, acababa de estar con Dickinson, que me decía que esta noche se habían caído un par de figuras al suelo.

Noté que algo se removía en mi estómago.

—¿Cómo ha ocurrido esta vez? —Quise saber, sin permitir que se trasluciera mi conocimiento del asunto—. ¿Dónde están esas figuras?

—Hay una rota en el último piso, en un grupo que subimos al ático, y otra, en esta misma planta.

—¿Son muy valiosas? —No sabía qué hacer para que mis preguntas no despertasen sospechas.

—¡Oh, no! El grupo del ático es una especie de homenaje a las obras inmortales del teatro, que se hizo al principio para satisfacer a nuestro alcalde. Son malas, y como el público no las apreciaba, las subimos arriba.

—¿Cuántas tenemos en el último piso? —dije por mantener la conversación.

—Cinco nada más. Hamlet, Romeo y Julieta y Otelo y Desdémona. Como verá, un tributo al genio del dramaturgo inglés…

No sé por qué, pero yo sabía con toda certeza cuál era la figura rota. No obstante, hice la pregunta:

—¿Cuál se ha caído?

—No es precisamente que se haya caído, William. Se ha roto la única que de ninguna manera podía llegar al suelo. Es Desdémona, que parece como si le hubiera estallado su armazón interno. Descansa en su cama, como es natural, pero tiene la cabeza casi separada del tronco. Tendrá fácil arreglo. Dickinson ya está con ella.

Aquello no me gustó. No me gustó nada.

—¿Y la otra?

—La otra, la de este piso, es una figura que representa a una bruja. Es una historia muy local, pues se trata de Mary Axe, un fenómeno que tuvimos por esta zona hará unos veinte años. Un día apareció muerta a cuchilladas y con todo el cuerpo destrozado. Estando el Museo en Kovrin, era imposible olvidarla.

Aunque yo sabía que los incidentes ocurridos en el Museo durante mi primera visita eran tremendamente reales, no por eso dejaba de sentir una opresión en el pecho.

No es lo mismo aceptar los fenómenos que escapan a nuestra comprensión cuando la noche y las circunstancias los hacen más verosímiles, que ver que se está hablando tranquilamente de ellos a plena luz del día.

—¿Qué ha pasado con la imagen de Mary Axe?

—Está rota también. La hemos encontrado en el suelo, totalmente destrozada, y al principio no supimos quién era, ya que la ropa le tapaba la cara. Tiene la blusa que le pusimos hecha pedazos, y parte de ella se le ha enganchado en los dientes.

Era indudable que yo necesitaba ver aquello. Así lo dije e inmediatamente Peveril se ofreció para acompañarme.

Salimos al pasillo y, al doblar un recodo, me volví a encontrar con la figura ecuestre del general Custer. El respingo que di se me debió notar, por cuanto Peveril me preguntó sonriente:

—¿Se ha asustado?

—No, no… —Me apresuré a decir—. Me ha sorprendido, simplemente.

—Sí, lo comprendo. Resulta demasiado grande para este pasillo, y además, el sable…

Ahora me tocó a mí mirar a Peveril con suspicacia. Se había quedado muda a media frase y yo sabía por qué.

¡El sable estaba caído a un costado del caballo y se veía una raya blanca en la pintura de la silla de montar!

—Diga, Peveril, ¿por qué se ha quedado tan callada?

—Por nada, William, por nada —tartamudeó—. Estaba pensando que quizá… Pero, no… nada… es imposible…

Allí había gato encerrado y no era tan sincera mi secretaria como quería aparentar. De todas formas, yo me conduje como si no hubiese pasado nada.

Llegamos al lugar en que la figura de Mary Axe yacía por el suelo y me agaché para valorar los desperfectos. Los dos nos pusimos en cuclillas.

Efectivamente, el muñeco estaba roto por varios sitios, como si lo hubieran golpeado con saña dándole con una barra pesada. Yo, que había visto lo ocurrido, supe que no había allí golpes, sino terribles arañazos.

—Pues vaya —dije—, sí que está hecha polvo…

—Usted ya sabe cómo son estas cosas, William. Cuando se caen,

son como los platos de loza: se rompen en mil pedazos.

Peveril me sonrió, arrodillada como estaba, y al resbalarle un pie, se abrazó a mí. Sentí inmediatamente la sugestión femenina que escapaba por todos los poros de su piel, y la quietud que adoptó en mis brazos en cuanto supo que yo era consciente de su encanto.

No quise, pero mis labios bajaron hasta los suyos, y se pegaron a ellos en un beso tímido al principio. Mi suspicacia había quedado intacta a pesar del incidente, y abrí los ojos inesperadamente cuando mayor parecía mi entrega.

Entonces salté con todas las fibras de mi ser al notar en mí aquellas pupilas fijas y ensangrentadas que me miraban desde la cara de Peveril.

¡Los mismos ojos de Jane Meigs!

Todo ocurrió en un segundo, y nos separamos.

—Perdóneme, Peveril —dije, afectando estar arrepentido.

—No se preocupe. Creo que ha sido culpa mía —me dijo alegre—. Aunque también estoy por creer que lo he hecho a propósito…

La sonrisa de la joven era en aquel momento resplandeciente y su blanca dentadura parecía iluminarle la cara. Estaba realmente bella.

—¿Por qué dice eso?

—No sé; quizá porque usted me gusta…

No me iba a dejar engañar. Allí había mucho más que un simple beso robado en un segundo tonto. No podía olvidar sus ojos.

Yo había puesto una mano en el suelo para no caerme cuando Peveril se me echó encima, y ahora la notaba húmeda.

Volví a palpar la madera del parqué, y, efectivamente, estaba mojado.

—¿Quién ha estado aquí? —pregunté.

—Sólo yo… Bueno, y Dickinson. Estuvimos viendo qué se podía hacer.

—¿Por qué fregaron el suelo? —Ahora ya no había más vacilaciones en mi voz. Empezaba a estar harto de tanto misterio y tanta comedia.

—¿Fregar el suelo? No, por Dios, ¿por qué íbamos a hacer una cosa así? Quizá Dickinson haya utilizado un trapo húmedo para recoger el polvo de yeso. Luego se pisa, y no hay quien evite que todo se ponga hecho una porquería…

Una excusa muy de mujer.

—¡Peveril, no me engañe! —dije, enfadado—. Han fregado ustedes esto y además sé por qué. Había sangre en estas heridas y el suelo estaba lleno de ella. No me mienta más.

—¿Pero, cómo? ¿Qué dice usted? —La perplejidad de Peveril parecía auténtica—. ¿Sangre? ¿Aquí? ¿Pero cómo se le ocurre?

—Era sangre, jovencita. El resto de las preguntas lo dejaremos por ahora. Ese trapo rojo que esconde la cara, ¿qué es?

—Ya se lo dije. Vestimos esta figura con ropa vieja. La historia dice que Mary Axe vestía siempre de harapos.

—¡Quíteselo!

—Está enganchado.

—Entonces, déjeme.

Tiré del dichoso jirón de tela, que yo sabía era la blusa, y entonces sí que me llevé la mayor sorpresa de la larga serie que el destino me tenía reservada.

¡Allí estaba, tumbada en el suelo, la mismísima Jane Meigs!

—¡Por todos los diablos! —aullé—. ¡Está muerta! ¿Cómo es posible?

Una risa argentina y agradable resonó a mis oídos. Era Peveril Neumann, que se reía a gusto, mirándome a la cara.

—No…, no, no… —decía a duras penas, entre carcajada y carcajada.

Yo, mientras tanto, me apresuré a reconocer a la destrozada Jane, y tuve que rendirme a la evidencia.

Aunque la cara era la de Jane y su boca estaba aún llena de la blusa roja que yo mismo había visto meter a sus torturadores, ante mí tenía un vulgar muñeco de los cientos que llenaban el Museo.

—Fue una broma de su tío —pudo, al fin, articular Peveril—. De pequeña, todo el mundo decía de Jane que era más mala que la bruja de la montaña. Cuando el Museo se empezó a construir, su tío se acordó de este incidente, y tuvo la mala idea de encargar al artista modelador que a esta figura le pusiera el rostro de su sobrina. A Jane no le hizo ninguna gracia, pero como la gente se lo tomó bien, acabó por olvidarlo. ¡Dios mío, qué susto se ha llevado!

No podía negar que estaba asustado, pero mis razones eran muy otras. Lo que me asustaba de verdad era comprobar la realidad de lo ocurrido la noche anterior.

¡Y la certeza de saber que todo había sucedido después de marcharme yo!

El sable había vuelto a bajar, a la figura de Mary Axe la habían martirizado otra vez, y, seguramente, Desdémona había soportado dos muertes consecutivas.

Sólo me faltaba comprobar este último extremo, e hice que Peveril subiese conmigo al ático.

Como esperaba, encontramos a la mujer de Otelo yaciendo en su lecho, nuevamente estrangulada por el celoso marido.

Dickinson no estaba allí y se notaban los arreglos que había efectuado.

La cabeza de Desdémona estaba en su sitio, y el cuerpo también, con los vestidos correctamente colocados.

Pero si había en el mundo un artista capaz de modelar aquel gesto de sufrimiento real, impregnando una cara de cera con los más puros acentos de angustia, temor, amor, confianza y muerte, como lo estaba aquella máscara en aquel instante, ese artista tenía que ocupar por fuerza el más alto pináculo de la fama.

Desdémona, la figura de cera, tenía, además, tal realidad en la postura de brazos y piernas, pataleantes en la agonía, que su presencia ante nosotros resultaba realmente insoportable.

Miré a Peveril y me di cuenta de que estaba pensando lo mismo que yo.

—Buen trabajo… —comenté.

—Dickinson es muy mañoso…

—No me refiero a Dickinson, encanto.

—¡Pues otra cosa es un absurdo! ¡Son simples figuras de cera! ¡No son otra cosa! —La joven estaba al borde de tener un ataque de nervios.

—¡Tú sabes lo que pasa aquí, Peveril!

—¡Y qué, si lo sé! —me contestó descompuesta.

—Nada.

La suavidad con que yo contesté a su grito, la desarmó por completo. Asomaron unas lágrimas a sus ojos y acabó por sentarse en la cama de Desdémona.

Yo me volví a Otelo.

Mirando detenidamente, observé que en aquella cara aún quedaba la huella de una carcajada desesperada y loca.

Le pasé la mano por el rostro y creí descubrir, todavía, restos de sudor en su frente.

En aquel Museo ocurrían cosas muy definidas para un diplomado en ocultismo, como era yo.

Lo interesante no era saber qué pasaba, sino averiguar quién o qué, era la fuerza capaz de reavivar la materia y despertar el pasado.

¡Aquellos ojos encendidos como ascuas, que se repetían en tantos rostros!

Un escalofrío de terror recorrió mi cuerpo al pensar en la tarea que debía desempeñar.

Contra fuerzas desconocidas, no siempre se gana.

Eso lo sabía bien.

# CAPÍTULO IV

Hoy se amontonan las noticias.

Reconozco que algunas corresponden al día de ayer, pues después de lo ocurrido mientras comía con Jane Meigs, aún fui a presentar mis respetos al alcalde de Holborn y a charlar amablemente con el tío de Jane.

Vayamos por orden.

Me despedí de Peveril al terminar nuestra visita al Museo, y dejé el trabajo unos minutos antes de la hora de comer.

He aprendido que en Holborn esto de las horas es muy serio. El intervalo para efectuar la comida del mediodía se respeta tanto y es tan uniforme para toda la ciudad, que mi retrasada marcha por las calles en busca del hotel, cogió a todo el mundo sentado a la mesa.

No vi a nadie.

Los coches estaban, sin duda, recogidos en los garajes de las casas de vecindad, para librarlos de los escasos instantes en que el sol cae de plano sobre la ciudad, y ese detalle acentuaba la impresión de vivir en una ciudad abandonada por sus habitantes.

Jane se empeñó en que subiera directamente a su habitación, asegurándome que allí podríamos comer con mayor tranquilidad.

—No me digas que no, Willy —me dijo al verme—. Ya lo tengo todo preparado. Te estaba esperando.

—Como quieras, hija… —contesté.

Ya me había acostumbrado a no pelear con ella.

Subimos las escaleras, Jane delante. Sé que lo hizo a propósito, buscando de esa manera que yo volviese a admirar su cuerpo.

—Verás cómo te gusta lo que he escogido para ti —aseguró, nada más sentarnos a la mesa.

Se había convertido en un sereno y eficiente torbellino, preparándolo todo con verdadero gusto.

Comimos en una mesa camilla, con un mantelito azul,

agradablemente juntos. Tuve que reconocer que los platos preparados estaban muy sabrosos y muy bien guisados.

Me di también cuenta de que nuestros respectivos cuartos eran contiguos, y de que una puerta intermedia, que ahora estaba cerrada, los separaba.

Tomé buena nota de esta circunstancia, para no olvidarme asegurar el pasador de mi lado. No soy un mojigato, pero hay cosas que me agradan sólo a su debido tiempo.

Yo no quería ser el que primero empezase a hablar sobre el Museo, y por ello tuve que esperar hasta los postres.

Cuando sirvió el café, dijo:

—¡Qué terco eres, Willy!

—¿Yo terco? —me extrañé—. De verdad que no sé por qué lo dices.

—Lo digo porque eres un cabezota. Ayer no quisiste ir al Museo y hubo que respetar la opinión del señor. ¿Qué te ocurría?

—¿A mí? —Tenía que ganar tiempo antes de comprometerme.

—Sí, a ti. Estábamos ya con la mano en la manilla de la puerta, y sólo a ti se le ocurrió volverse. Me llevé una gran desilusión y no pensaba hablarte de ello. Pero eres tan cínico, ahí comiendo como si nada, que me pones furiosa. ¿Por qué te echaste atrás en el último instante?

—Bueno…, verás…

—¿No irás a decirme que tuviste miedo?

—Sí, Jane, eso fue —yo estaba dispuesto a todo—. No me gusta irrumpir en ninguna parte. ¿Qué pensarían los miembros de la directiva si me ven en el Museo antes de haberme hecho cargo de la dirección? Son escrúpulos profesionales, hotelera.

—¡No me llames así, Willy! ¡No seas majadero! ¿Por qué no me dijiste nada de eso cuando veníamos a casa?

¡Diablos! Aquello se estaba complicando. Alguien quería jugar conmigo y lo más probable es que fuera aquella persona que tenía delante.

—No te dije nada porque estabas enfadada.

—¡Mentira!

—Lo parecías, al menos.

—Yo estaba deseando que me dijeras algo. Sentía mucha curiosidad por ti…

—¿Por qué?

—Por saber cosas de tu vida. Por preguntarte cómo haces los conjuros y cómo se te ocurrió hacerte mago. Mira, Willy, ahora que no estoy enfadada, te voy a preguntar algo muy concreto…

Nunca supe cuál era la pregunta que Jane iba a formular, pues en el preciso instante en que ella abría la boca para hablar, una repentina nube lo oscureció todo.

Un golpe de viento entró por la ventana entreabierta y nos tiró la mitad de los objetos que aún quedaban en la mesa. El aire de la habitación pareció hacerse frío y viscoso y casi ni nos veíamos las caras.

Era, seguramente, una de aquellas tormentas repentinas que estallan entre montañas, y de las que yo tenía noticias, aunque no hubiese sufrido cerca ninguna.

La primera sensación de que estaba equivocado, fue ver cómo Jane se venía hacia mí, hecha una furia, con un cuchillo en la mano.

Aun entonces, no tuve miedo.

El miedo me llegó a los huesos y paralizó la sangre en mis venas cuando me tocó y sentí lo fría que estaba.

Su rostro, pegado al mío, me permitió ver algo a pesar de la oscuridad, y el miedo se convirtió en terror al ver su cara.

¡Era idéntica a la de la figura de cera que aquella misma mañana yo había examinado en el Museo!

Una expresión quieta, dura, yerta y maligna, una cara de cera arañada y sangrante, unos ojos de vidrio llenos de maldad, una boca rota mordiendo un trapo rojo…

¡Y eso lo tenía a escasos centímetros de mi propio rostro!

La negrura de la habitación me impedía ver nada más, pero el cuchillo era una amenaza.

¡Estaba en mi pecho!

Quise dar un salto atrás y me sentí cogido por unas manos de hierro que me alzaron en vilo. ¡A mi lado estaban los dos hombres de etiqueta de la noche anterior!

¡Sólo que ahora era yo la presa!

Una garra helada, más allá de toda ponderación, me arañó la garganta e hizo que la camisa se me rasgara en pedazos. Otra mano resbalaba por mi pierna, y tras el frío de las uñas que me laceraban,

sentía ya el caliente discurrir de mi propia sangre.

Otra mano, y luego otra, me iban abriendo nuevos surcos en la carne.

Me debatía como un poseso, consciente de que no habría piedad para mí, pero era imposible desasirse de las argollas de cera que me tenían sujeto.

Al mismo tiempo, sentía cómo el cuchillo que manejaba Jane Meigs, o lo que fuera aquella criatura, saltaba de costilla en costilla, produciéndome un dolor insoportable.

Yo daba alaridos incontenibles, ante el tormento a que estaba sometido, que debían oírse en toda la ciudad.

Sé que hubiera soportado aquel dolor espantoso, si me hubiese venido por cauces naturales, pero en aquella habitación negra, sujeto por seres que no comprendía, tratado con verdadero odio y viendo sombras imprecisas, caras irreales, ojos que despedían sangre, no lograba contenerme.

Las heridas se multiplicaban con frenesí de locura y yo me sentía cubierto de mi propia sangre, que me empapaba ya por entero.

¡Estaba sintiendo lo mismo que debió padecer Mary Axe, antes de morir!

Chillé como un demente cuando una zarpa de cera fría como el hielo me tocó suavemente la cara, tapándome la boca, mientras unos dedos suaves y poderosos subían en busca de mis ojos.

¡Me iban a dejar ciego! ¡Iban a hundirme los ojos!

¡El conjuro, Dios bendito, el conjuro!

Separé los labios para volver a repetir las palabras mágicas que me salvasen, ¡y una masa de trapos secos se introdujo en mi boca, empujados sin piedad!

¡Me estaban asfixiando!

Las costillas me empezaron a estallar por el esfuerzo de respirar. ¡Era preciso respirar! ¡Había que respirar!

¡Dolor! ¡Dolor! Olas de salvaje dolor recorrían todos mis nervios en mi lucha por vivir.

La boca seca por los trapos me daba plena conciencia de que por allí jamás entraría ya aire en mis pulmones.

¡Me estaba muriendo!

Notaba la sangre de morderme a mí mismo y algunos restos de saliva burbujeaban en el fondo de la garganta.

Oí el último ruido de un conducto que se cierra para siempre.

Pensé en mis padres, en mis amigos, en mi novia, en mis compañeros, en toda mi vida que se iba porque nadie venía a ayudarme. Rogué, supliqué, lloré pidiendo ayuda a las personas que sabía me querían.

¡Me dejaban morir!

¡Un poco de aire! Nada… Un hervir frenético de todo mi ser… Un casi misterio insondable… Nada…

¡No! ¡No! ¡No!

* * *

Así fue cómo recuerdo que sufrí mi propia muerte, cuando ellos, ¿quiénes?, me la hicieron vivir.

Tuve otra vez conciencia, y me encontré echado en la cama de Jane.

Ella estaba a mi lado y me tenía cogida una mano.

—¡Willy! ¡Willy! ¡Por fin te recuperas! Qué susto me has dado. ¿Qué te ha ocurrido?

Jane volvía a ser la de siempre, atenta, espléndida, luciendo las líneas de su anatomía, llena de contento por la vida.

Se había sentado en una de las sillas vacantes.

—¿Qué ha pasado? —dije yo, después de una larga pausa.

—¡Que te has desmayado, Willy! Entró una ráfaga de viento y te debió sentar mal. Caíste al suelo y yo te subí a la cama.

—¿Cuánto tiempo he estado así?

—No lo sé con precisión —contestó Jane—. ¿Diez minutos? ¿Quince? Quizá no tanto…

—¿Y mi ropa? —Yo estaba dentro de la cama, pero no tenía nada puesto.

—La he mandado limpiar. Te lo echaste todo por encima.

—¿Qué es lo que me eché por encima? —Recordaba con claridad la sangre, no otra cosa.

—¡Hombre, Willy! —dijo—. ¿No notas el olor?

Sí, debía haberme dado cuenta antes, pues el tufillo de una mala digestión subsanada a tiempo, resulta inconfundible.

También pensé que era un ingenioso procedimiento para borrar

posibles huellas de lo ocurrido. Que no me iban a quedar cicatrices, ya lo sabía yo; pero la ropa era una cosa distinta.

Bien. No tenía arreglo. Estaba en manos de la joven y ella lo sabía.

Leyendo en mis ojos la siguiente pregunta, Jane se apresuró a responder:

—Mandé llamar a un camarero, Willy. No seas malpensado.

Yo no era ni mal, ni bien pensado. Lo único que quería era saber qué había ocurrido.

—Jane, hazme un favor —le dije—. Vete a mi cuarto y trae la ropa necesaria para que me vista. Me encuentro totalmente bien.

Como temía, Jane se dirigió a la puerta de comunicación y pasó a mi habitación con la mayor naturalidad.

Minutos después yo estaba en pie.

Nos despedimos, y después de asegurarle que volvería a comer algo cuando sintiera el estómago más tranquilo, me dirigí a la casa contigua, donde me había dicho que vivía su tío.

# CAPÍTULO V

Había un pasadizo entre los dos edificios y no tuve necesidad de salir a la calle.

La casa del tío de Jane era una pieza amplia y acogedora, con muebles de estilo antiguo y repleta de cuadros, panoplias, armaduras, cortinas, frisos y recuerdos de coleccionista que ha viajado por los cinco continentes.

Colgaban de las paredes, junto a tallas de ébano negras como la noche, trofeos de caza mayor, amuletos, caretas de hechicero, y un largo rosario de objetos similares.

Los cortinajes estaban corridos y la penumbra era total.

Esperé, en el centro del vestíbulo, a que alguien respondiera a mis llamadas.

Una mano se apoyó suavemente en mi hombro, y confieso que me llevé un terrible sobresalto.

—¿Le he asustado? Perdóneme, lo siento mucho. Son estas malditas alfombras…

Se presentó ante mí un hombre muy anciano, obeso hasta la exageración, de cara redonda y blanquísima, en la que las arrugas y sucesivas papadas se multiplicaban hasta el infinito. Parecía que la piel del rostro le resbalase hacia abajo.

Tenía los ojos enterrados en blandas masas gelatinosas de carne fofa y los brazos le colgaban a los costados como sacos de harina.

Llevaba un zurrón de cuero en bandolera, del que asomaban dos gatos. Un tercero, descansaba sobre su ancho hombro.

Me fijé en este detalle sobre todo, porque nada más acercarme a mi anfitrión, los tres animales empezaron a bufar con los pelos de punta y el lomo arqueado, como si estuviesen deseosos de saltar sobre mí.

—No les haga caso —dijo el anciano, con voz sorprendentemente clara—. Es que no están acostumbrados a

recibir visitas… Pero, pase; pase y siéntese. Está usted en su casa. Jane me anunció su llegada y he preparado un té especial en su honor —hablaba sin hacer pausas—. ¡Magnífica chiquilla esa sobrina mía! Es la única familia que me queda y algún día será la dueña de todo esto…

Abarcó el salón donde estábamos a la sazón, con tal ademán de suficiencia, que parecía obligar a todo el mundo a rendirse ante su riqueza.

Yo le había seguido, sintiéndome molesto en aquella atmósfera opresiva.

Nos sentamos en unos grandes butacones y el viejo se puso a encender la chimenea. ¡Maldito si era necesario, con el calor que hacía!

Apuré la taza que me sirvió y me encontré mucho mejor.

—Sé que ha estado ya en el Museo —dijo.

—Sí, señor. Esta mañana. La señorita Neumann tenía notificación oficial de mi cargo y ha sido muy amable.

Yo también tenía ganas de decirle a alguien lo mal que me había parecido la descortesía de dejarme, solo en el Museo, sin que nadie se hubiese presentado a darme la bienvenida.

—¿Qué le ha parecido?

—Muy bien, señor…

—¡Oh! Sí, perdone nuevamente. Soy el señor Meigs. Elton Meigs. El decano de la partida de locos que decidió tirar el dinero en un museo de figuras de cera, en plena montaña, lejos de toda ruta de turismo.

—Me ha parecido interesante —dije yo—. Y muy bien dotado.

—Estoy de acuerdo. Hemos enterrado una fortuna en él.

—Acabará por atraer a la gente. Los resultados, por lo poco que he visto, son esperanzadores.

El viejo cerró los ojos y pareció ausentarse. Estuvo así un largo rato y respeté su silencio. Me serví otra taza de té, aunque estaba casi frío.

De repente, dijo:

—Vamos al grano, Gardiner. Ayer, de noche, fue usted al Museo.

El escopetazo iba derecho al corazón.

—Tenía curiosidad, señor Meigs.

—Y se llevó a mi sobrina…

Podía haber dicho que la cosa fue al revés, pero preferí callarme.

—Estaba interesada en venir conmigo —dije, en cambio, un poco a la defensiva.

—Esa chica es caprichosa y no sabe en los peligros que puede meterse. ¡Usted no debió consentirlo! El Museo no es seguro de noche.

Pensé que aquel viejo sabía más de lo que aparentaba.

—¿Cómo dice?

—No se haga el tonto, Gardiner. Se ha tenido que enterar de todo. Dickinson vino a verme y me ha contado que, otra vez, había destrozos entre el material.

—Sí, señor —repuse, cogido—. Hubo algunos desperfectos.

—¡Y usted, jovencito, no me irá a decir ahora que es que las figuras se caen! —Elton Meigs estaba empezando a enfadarse.

—Es muy probable que sea así, señor —terqueé.

—¿Pero es que usted piensa que he vivido tantos años para terminar mis días siendo un idiota? Quiero respuestas concretas. Allí pasa algo y necesito ser el primero en saberlo.

—Le tendré informado.

—No me gusta la manera como se desarrollan los acontecimientos. ¿Por qué volvieron ustedes tan pronto?

Luego, era verdad que nos habían visto volver juntos. Estaba empezando a dudar de mí mismo.

—No me decidí a entrar —repuse.

—¿Por qué?

—Por respeto a ustedes, los de la Junta. Creí que hoy sería presentado oficialmente, y me pareció un abuso de confianza adelantarme. Ése es el motivo por el que di la vuelta.

—¿Y quién se iba a tomar la molestia de bajar hasta el Museo sin una verdadera necesidad? Ya me he dado cuenta de que está enfadado con nosotros. Pero tenga usted presente que entre nosotros, unos somos ya muy viejos, otros viven en las montañas, y otros tienen sus negocios. Usted es mayorcito y competente, creo. No era preciso molestarse.

—Le repito que me he arreglado bien…

—¡Pues asunto concluido! Ahora va a decirme qué pasa en el Museo.

—Aún es pronto, señor Meigs…

—Se lo diré yo, entonces. ¡Entran a robar! Los malditos ladrones entran a robar algún objeto valioso, pero, al mismo tiempo, desconocen dónde está guardado lo que quieren. Empiezan a mirar, buscan, revuelven, y algunas veces tropiezan con las figuras y las rompen. ¡Eso es precisamente lo que está ocurriendo!

Ahora, era yo el que no sabía si me estaban tomando el pelo.

—Vigilaré los sistemas de alarma —aventuré, por decir algo.

—No sea usted simple, Gardiner. Hasta estos gatos conocen ese dispositivo. Esto no es una gran capital, y aquí se habla mucho. El que lo montó se lo dijo a alguien… Bien, lo conoce toda la ciudad. Cualquiera puede ser el ladrón.

—Me quedaré algunas noches…

—Eso es precisamente lo que quiero, Gardiner. Que se quede usted de guardia.

—Me turnaré con Dickinson hasta que encontremos al culpable.

Aún no estaba seguro de si era divertido o penoso, mantener aquella conversación sin sentido. El tío de Jane daba muestras de debilidad senil y no sabía lo que decía.

—De ninguna manera —replicó—. ¡Se quedará usted solo y hará uso de todo su poder!

—¿Mi poder? ¿A qué poder se refiere usted?

—Usted es especialista en magia, ¿no? ¡No me interrumpa! Usted lo llamará como quiera, pero aquí nos entendemos de otra manera. Se le escogió entre cien candidatos por tener precisamente esos estudios.

—Así lo creí, señor —me sentía molesto con aquel viejo.

—Pues acertó. Usted usará de magia, conjuros, o lo que quiera, para cuidar el museo. ¡Es una orden, amigo mío!

—Que tendrá una necesidad y una explicación —hice ademán de levantarme. No aguantaba más.

—¡Siéntese! —Me gritó el viejo—. Mi orden tiene las dos cosas que usted pide. Creemos que los ladrones son de una clase especial. Vienen a robar algo que antes perteneció a Mary Axe, y ni ellos ni nosotros sabemos qué es.

—¿Mary Axe?

—No me haga perder la paciencia con sus preguntas estúpidas. Precisamente, es la figura que hoy apareció rota.

Me estaba poniendo malo con aquella muletilla suya de usar el

*precisamente* para todo.

—Sí; sé quién es Mary Axe —repuse—. Pero no entiendo qué relación puede existir entre una cosa y otra.

—Ahora la va a entender, que para eso le he mandado venir. ¡Porque es preciso que usted lo sepa! Es imprescindible.

Abrí las manos en un gesto de interrogación, indicando que estaba dispuesto a escucharle.

—Mary Axe fue una famosa bruja, que vivió durante mucho tiempo en estas montañas…

—Ya no hay brujas —interrumpí—. En el siglo XX…

—En el siglo XX las hay, y Mary Axe era una de ellas. Atemorizó a la comarca, vivía en las cuevas de la montaña, provocaba catástrofes, diezmaba rebaños… Era una mujer bellísima, con un cuerpo escultural, y con la maldad más profundamente concebible grabada a fuego en las entrañas. Tenía cerca de cuarenta años cuando un día la mataron salvajemente. La asesinaron un grupo de granjeros, enloquecidos por la palabra de dos predicadores de no sé qué secta religiosa…

Yo me acordé entonces de los dos hombres vestidos de etiqueta. Quizá aquella ropa no fuese de etiqueta, quizá fuese, simplemente, unos trajes negros de corte sobrio.

—¿Cuánto tiempo hace que pasó eso? —dije, interesado.

—Treinta años, más o menos.

—¿Usted vivía aquí?

—Yo he vivido en Holborn toda mi vida.

—¿Y no se pudo evitar esa salvajada?

—Ni se pudo, ni se quiso. Aquella mujer era un demonio. Lo incomprensible es cómo se dejó sorprender.

—No sería tan bruja… —me permití sonreír.

—O no serían tan predicadores aquellas bestias que la cogieron…

—Es cierto.

—Ya le he contado parte de la historia, Gardiner. Pero aún hay más. Existe en ese Museo algo de Mary Axe, que alguien quiere. Y para adueñarse de ello, no son precisamente los procedimientos tradicionales los que se están empleando.

—No le entiendo —insistí.

—Sí que me entiende, Gardiner. Son poderes sobrenaturales,

malignos, perversos, los que están jugando esta partida. La fuerza de Mary Axe venía de alguna fuente extraña, y ella la supo esconder antes de morir. Ese talismán es el que alguien busca, y ¡el que alguien defiende! Ahora, ya lo sabe todo. A usted se le paga para que averigüe qué pasa y acabe con el problema. ¿Está dispuesto a ello?

—Sí —contesté gravemente. Elton Meigs había terminado por ser sincero, y yo me sentía ganado por su causa.

—¡Venga conmigo!

El anciano se puso trabajosamente en pie, y me precedió por un largo pasillo. Atravesamos toda la casa y bajamos al sótano.

Ante la pared del fondo, se detuvo, y metiendo la mano en el zurrón, debajo de los gatos, sacó una llave. La utilizó para abrir una puerta disimulada por una cortina.

—No me importa que usted lo sepa —me dijo—. Estos animales son los mejores guardianes de mi tesoro. Nadie que no sea yo, puede meter la mano en este zurrón. Lo destrozarían. Y si alguien toca la llave mientras está fuera de su sitio, este otro amigo —señaló al que tenía en el hombro—, dejaría ciego al osado en contados segundos. Cada uno conserva lo que tiene como puede…

La pequeña puerta se había abierto, y descendimos por unas escaleras de madera.

Al fondo de la gruta había un nicho, y en él, un féretro.

Sentí un estremecimiento de pavor, pues el ataúd no descansaba sobre ningún soporte, sino que se mantenía quieto en el aire. Una débil bombilla iluminaba escasamente la escena.

Había una suciedad indescriptible por todas partes.

Estábamos llegando cerca del nicho, cuando la puerta se cerró a nuestras espaldas con un sordo golpe.

—¡Nos han encerrado! —exclamé.

—No se preocupe —dijo Elton Meigs—. Por eso, no se preocupe…

Existía una velada amenaza en sus palabras, pero no tuve tiempo de captar su significado.

Habíamos llegado junto al ataúd, y éste estaba vacío.

—¿Lo ve, señor Gardiner? ¡No hay nada!

—Sí…

—En esta cueva la sequedad es total. Un cuerpo se conserva

bien. Muy bien. El cuerpo que aquí había, ha estado conmigo muchos años. Pero ahora no está.

No supe qué decir. El viejo continuó:

—Escúcheme usted bien, joven. Usted no saldrá jamás vivo de aquí, si no es capaz de conseguir que el cuerpo que ha desaparecido misteriosamente vuelva a su sitio.

—Pero ¡eso es imposible! —musité aterrado.

—Quizá lo sea. Esa puerta que se ha cerrado, es una trampa que yo sólo puedo abrir. Y no tenga esperanza de poder arrancar un secreto a un viejo. El cuerpo que aquí falta es lo único que me importa, y su posesión vale más que mi vida. Así, ruegue usted a quien quiera que su ciencia sea capaz de hacer el milagro.

Yo no era tan idiota como para no saber cuándo estaba cazado. Me habían engañado y sólo me quedaba un camino: obedecer.

—Voy a intentarlo, señor Meigs —dije—, pero necesitaré datos, informes, saber más…

—Responderé a todas sus preguntas.

—¿De quién es el cadáver?

—De Mary Axe.

Me lo estaba temiendo desde un principio.

—¿Por qué lo tenía usted aquí?

—Le negaron el derecho a ser enterrada.

—¿Qué razón tuvo usted para hacerse cargo del cuerpo de Mary Axe?

—Era mi esposa.

Eso sí era una verdadera sorpresa para mí.

—¿Estaban casados?

—Sí; desde que ella cumplió los dieciséis años.

—¿Cuántos tiene usted ahora?

—Ochenta.

—¿Qué diferencia de años tenían ustedes?

—Ella era diez años más joven que yo.

—¿Tiene ella familia?

—No.

—¿Y usted?

—Sí.

—¿Quién?

—Mi hija.

—¿Dónde está?

—En la casa de al lado. Es Jane Meigs.

—¿Vive su madre?

—No. Su madre es Mary Axe.

—¿Cómo es posible?

—Mary Axe era una mujer y nosotros nos queríamos. Es muy natural.

—Sin embargo, usted es mucho mayor que Jane…

—Yo tenía cincuenta años cuando nació Jane. Ahora, la chica tiene treinta.

—¿No hube otros hijos antes?

—No.

—¿Por qué, entonces, tan tarde?

—Mary Axe sabía que su poder quedaría mermado después de dar a luz. Nunca quisimos tener descendencia a causa de esta condición.

—Pero la tuvieron…

—Mary Axe lo quiso así. Quería vivir como una mujer completa y darme a mí un hijo. Cuando cumplió cuarenta años, decidimos que era hora de satisfacer nuestros deseos.

—¿Y no pensaron en las consecuencias?

—Sí.

—¡Pero, lo hicieron!

—Sí.

—Y perdieron.

—No. Nació Jane y fuimos felices como nunca antes lo habíamos sido.

—Pero, ella murió.

—¡A ella la mataron!

—¿Por perder su poder?

—Siempre lo he creído.

—¿Cómo podía usted amar al monstruo de maldad que usted mismo me ha descrito?

—Para mí era la persona más dulce del mundo. Me dijo en una ocasión, que sólo podría vivir si yo la amaba.

—Y usted le hizo caso.

—La creí, simplemente.

—¿Nada más?

—Fui tan feliz como nadie lo ha sido jamás. Yo la quería.

—Igual que ahora, al cabo del tiempo…

—Ahora la amo más todavía, joven.

Por mi parte, ya sabía todo lo que necesitaba. Sólo una última pregunta:

—¿Sabe cuándo desapareció?

—¡Bajo todos los días y todas las noches! Me dejó hace 411 días.

—¡Más de un año!

—Un año, un mes y dieciséis días.

—¿Lo sabe Jane?

—¿Si sabe quiénes son sus padres?

—Sí.

—No; no lo sabe.

Ya no había más que preguntar, ni más que saber.

La clave del problema estaba en la posesión del talismán.

La tremenda incógnita consistía, en cambio, en la imposibilidad de conocer cuál era la postura de Mary Axe.

¿Estaba intentando recuperar para ella misma el talismán perdido? ¿Estaba luchando a brazo partido contra los que querían robarlo?

¿Se había ido ella voluntariamente del lugar donde reposaba tras la muerte? ¿Habían sido seres distintos los que la habían absorbido a otros mundos de terror?

De acertar estas preguntas, dependía mi éxito en recuperarla y, en consecuencia, mi vida.

Dije a Elton Meigs que se retirase a una esquina de la estancia, y me preparé para el largo viaje que era necesario emprender.

# CAPÍTULO VI

Si estoy escribiendo otra vez en mi diario, es, sin duda, gracias a la casualidad.

Me gustaría poder decir que mis conocimientos de ocultismo son superiores a los de Mary Axe, pero no es cierto.

Mary Axe, además de saber más que yo de estos temas, tiene a su favor el doble hecho de haberlos practicado con asiduidad, y el de su innata sencillez para conectar con los poderes de las sombras.

Me ayudó mucho que estuviese muerta, y más aún que llevase treinta años en tal estado de suspensión vital.

Si no hubiera sido por este detalle, y por lo que he llamado antes casualidad, ahora estaría yo atrapado en el mundo al que me vi obligado a ir, sin la más mínima posibilidad de retorno.

Empecé mi trabajo nada más retirarse Elton Meigs a su rincón, al pie de los peldaños que nos habían introducido en el panteón de Mary Axe.

Hice el primer círculo protector con saliva, el segundo con tiza, el tercero con aire, y el cuarto utilizando todos los fósforos que yo tenía y los que me dio el tío de Jane.

Allí encerrado, no podía utilizar materiales mejores.

Entre cada uno de los círculos, dejé sitio suficiente para que pudiesen descansar mis pies, y los cuatro los hice concéntricos, con un gran espacio en el centro.

Ya se sabe que esos círculos no tienen que ser de trazo continuo. Es mejor y más sencillo dibujarlos con intervalos, para que se pueda uno mover con mayor facilidad, tanto en el camino hacia el centro, como luego, al regresar al mundo real.

Estando todavía con mis pies en el suelo del sótano, alargué la mano hasta atravesar el primer círculo.

Inmediatamente, fui dominado por las primeras convulsiones. Mis dedos se engarfiaron en el nuevo espacio y agarraron a la más

liviana de las presencias ocultas del mundo del agua.

No puedo por menos que, al intentar contar lo que me ocurrió, convertir las tremendas experiencias de un viaje como el mío, en lenguaje corriente.

Nadie piense que ni ellos ni yo pronunciásemos una sola palabra, pero los sentidos recogían la impresión de una comunicación hablada, y así va a ser como yo lo voy a escribir en el diario.

—¿Quién eres? —Se me preguntó.

—Una fuerza mayor que la tuya.

—¡Pruébalo!

—Te tengo cogido.

Aquello debía ser un juego de engaños mutuos, basado, para mí, en la certeza de ser más poderoso que los sucesivos seres de las tinieblas.

—¡Suéltame! —Fue un grito exigente.

—No lo haré hasta que me digas quién hay contigo.

—Estoy solo.

—¡Mientes! —dije yo.

—Somos miles los que te esperamos.

—¡Mientes otra vez!

—¡Suéltame!

—¡Dime la verdad!

—Somos diez los guardianes del círculo del agua.

—Tienes miedo —aseguré, al ver que cedía un poco.

—¡Jamás lo tendré de un hombre!

—Tienes miedo —insistí—. He hecho un círculo con fluido de mi cuerpo y es superior al agua pura. El agua está helada y mi fluido tiene calor de vida. Yo soy más fuerte que todos vosotros.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

—Voy a dar el primer paso y no podréis hacerme daño.

—Te lo haremos.

—Os haré sufrir el castigo del encanto del agua.

—¡No lo sabes!

Entonces yo dije la palabra adecuada y sentí hervir en la mano el líquido que envolvía a mi presa.

—¡Detente!

—¡Dejadme entrar, entonces, en vuestro elemento! Conocéis el

dolor…

—¡Entra, hombre!

Era la primera prueba y había vencido. Moví los pies y dejé atrás el primer círculo.

A partir de este instante, el agua y sus espíritus cuidadores, me protegerían de todo peligro. Les había demostrado ser más poderoso que ellos.

El espacio en que ahora me encontraba, estaba ocupado por cientos de seres inferiores, parecidos a los habitantes de las profundidades marinas.

Su viscoso contacto me resultaba repugnante y su vista era capaz de volver loco a cualquiera, pero yo estaba seguro entre ellos. Revoloteaban a mi alrededor con sus espantosas bocas abiertas, buscando todavía un punto débil en mi seguridad.

La menor vacilación que hubieran visto en mí, me habría costado la destrucción completa, y mi cuerpo aparecería en el suelo de la cripta hinchado, tumefacto, destrozado por la presión de los dientes agudos de mis enemigos.

No hice caso. Estaba desnudo y sentía una tremenda sensación de desamparo al faltarme la acostumbrada protección de las ropas.

Ahora debía atravesar el círculo de yeso, el círculo de los horrores de la tierra.

Pedí una fuerte espada y me fue concedida en el acto.

Asiéndola con ambas manos, la levanté sobre mi cabeza, y solté un tremendo mandoble sobre el círculo de yeso.

Un torrente de sangre caliente y espesa me cubrió por entero.

—¿Quién eres tú, morador de las profundidades del agua? —retumbó la pregunta dentro de mi cabeza.

—¡Soy un hombre y he vencido una vez! —repuse con tono altanero—. Y he herido con la espada invencible al guardián de la tierra. ¡Exijo paso libre!

—No lo tendrás, hombre. La tierra es fuerte. El agua es cobarde. No me impresionas.

—¡Soy más poderoso que el agua y la tierra!

—Tendrás que luchar conmigo.

—¿Quién eres tú que osas enfrentarte conmigo?

—El dragón que guarda el círculo.

—¡Lucharás con el hombre! —Acepté el reto.

—¡Te venceré!

—¡Serás mi esclavo, dragón! —dije—. ¡Camino abierto al guerrero a quien ya temes!

Sentí que el agua se apartaba a un lado, dando paso a un sucio resplandor de luz.

Salté con decisión la barrera de yeso y me encontré en plena selva, rodeado de ingentes masas de vegetación, en la época en que la tierra de nuestro planeta era joven y los espíritus dominantes se albergaban en los terribles cuerpos de los reptiles.

No veía a mi alrededor otra cosa que la exuberante maraña verdinegra de un bosque siempre en sombra y siempre húmedo.

Me agazapé tras una aglomeración de helechos gigantes, y mi primera preocupación fue localizar un árbol de corteza blanda. No quería luchar en las condiciones que estaba, y me era necesario confeccionar, al menos, un somero taparrabos.

Una vez satisfecha esa necesidad, fruto de siglos de costumbre, me preparé para la batalla.

Aquí sólo me ayudaría mi ciencia en una cosa. La espada era fuerte, larga y de afiladísimos bordes, pero no pesaba nada en mi brazo y no la podría ni soltar, ni perder.

Sin embargo, sus golpes serían tan tremendos como si se tratase de un arma corriente.

Llevaba más de media hora inmóvil, y estaba dispuesto a continuar indefinidamente la espera. Quería que fuese mi enemigo el primero en señalar su presencia.

Al fin, sentí a mi espalda el movimiento salvaje de toda la espesura.

Di una vuelta rápida y, casi al mismo tiempo, apareció el animal dentro de mi campo de acción.

Se trataba de un tremendo dragón de tres cabezas, pero una de ellas le colgaba inerte, casi separada del todo del largo cuello.

Sin duda, allí había ido a golpear mi primer mandoble dado a ciegas…

El gigantesco reptil tenía la piel rugosa, verde, áspera y el hedor de su cuerpo era capaz de quitar el sentido a cualquiera.

Se lanzó sobre mí a toda la velocidad que le proporcionaban sus patas traseras, apartando la maleza con las extremidades superiores.

Esperé hasta que estuviese cerca.

Aquel animal podía cambiar rápidamente el sentido de la marcha, pero tendría dificultades para girar sobre sí mismo en un espacio reducido.

Cuando lo tuve a veinte pasos, salté hacia atrás y corrí a su alrededor.

Una de las cabezas me seguía los pasos con los ojos inyectados en sangre. No lo dudé más, y le metí con fuerza la espada en una de sus patas.

Me eché entonces con violencia a un lado y obligué a que el doble filo del arma diese un profundo y largo corte transversal.

Un terrible rugido se extendió por la selva, procedente de las dos bocas del dragón, al mismo tiempo que la sangre volvía a manar abundante por la nueva herida.

Decidí entonces, tal como se presentaba la lucha, que mi triunfo sería más seguro si continuaba provocando el lento desangrarse del animal.

Me dirigía a ocupar una nueva posición que favoreciese mi propósito, cuando resbalé en un charco de agua estancada y caí de espaldas.

Ahora es cuando se vio la valiosa ayuda del único conjuro válido contra el dragón, pues a pesar de que se me abrió el puño al recibir el violento golpe de alguna piedra oculta en el fondo, la espada no se separó de la palma de mi mano.

Rodé sobre mí mismo y busqué tierra seca. Una vez en pie, corrí desolado en busca de protección.

Aquellos segundos de demora habían dado tiempo a que el animal se recuperara y lo tenía de nuevo peligrosamente cerca.

No me he acordado de decir que, desde que empezó la lucha, ya no cesaba de oír los susurros continuos de tres voces femeninas que me aseguraban la muerte sin remedio.

Describían con trazos enérgicos cómo quedaría mi cadáver una vez despedazado y mordido por aquellas bocas terribles, y en algunos momentos me ponían en el paroxismo del terror.

Yo era consciente de que ése podía ser uno de los resultados de la lucha, pero era muy distinto tener el conocimiento de algo que se puede ignorar en el fragor del combate, que estar oyéndolo continuamente, recargado además de detalles crueles y macabros.

Una de las voces era la de Jane Meigs, la otra pertenecía a

Peveril, y la tercera, aunque no la reconocía, estaba seguro de que era la de Mary Axe.

El monstruo tomaba de mi mente la información, y me la devolvía modificada a su gusto.

Mientras tanto, yo me había vuelto a ocultar, y seguía esperando.

Me sorprendió horriblemente el que toda la espesura que me protegía desapareciese en un instante, dejándome en el centro de un claro absolutamente liso, a merced de mi enemigo.

¡Ahora sí que estaba perdido sin remedio!

El dragón había ganado, usando él mismo sus recursos mágicos.

Lo vi venir lanzado y miré a mi alrededor. ¡Nada! Era imposible llegar a tiempo a ninguno de los lindes de aquella inesperada trampa.

Lo esperaría a pie firme y allí terminaría mi vida.

En un relámpago de amarga ironía pensé en el espectáculo que estaba a punto de presentársele al viejo señor Meigs, acurrucado bajo la escalera, y que actualmente sólo veía a un hombre quieto, sentado en el familiar suelo del sótano, inmóvil entre dos círculos pintados.

Lo sentía por él y por Mary Axe. Un amor que debió ser maravilloso y cuyo último capítulo lo estaba estropeando yo.

Tenía al dragón encima y había apoyado el pomo de la espada en mi pecho, en un intento desesperado de vender cara mi vida cuando me llegase el mortal abrazo.

Fue entonces cuando el terreno se movió y me encontré tendido en una zanja poco profunda.

El animal pasó como una exhalación sobre mí, y acabó por detenerse, perplejo.

No quise entretenerme en consideraciones sobre lo ocurrido y pasé a la acción inmediata.

Corrí tras él y antes de que lograse reaccionar y dar la vuelta, le golpeé con furia en la otra garra, y terminé mi obra con un poderoso tajo en el nacimiento de la cola.

Tan violento resultó este último, que casi logré separarla del cuerpo.

Supe que había vencido al oír los rugidos desesperados de la fiera. Su energía se escapaba velozmente por las terribles heridas, y

yo volví a ponerme lejos de su alcance.

Con ambos miembros posteriores rotos le era difícil moverse, y después de algunos esfuerzos titánicos, cayó por tierra.

Me apresuré a cortarle la segunda cabeza, y preparaba ya el golpe definitivo contra la tercera, cuando volví a sentir su presencia dentro de mí.

—¡Déjame vivir, hombre! —suplicaba—. Quiero ayudarte.

—¿Qué puedes hacer tú por mí, si no es morir?

—Te aguardaré para defender tu vida…

—¡No necesito tu protección! —Yo debía mostrarme terriblemente duro, pues la debilidad en el mundo de las sombras se paga con la locura o la muerte.

—Si vences al aire y al fuego, tendrás que volver.

Mi victoria era total, y allí tenía al fiero animal suplicando compasión.

—¡Dame algo en prueba de ti!

—¡Toma!

Ante mis ojos se materializó un pequeño trozo de hueso, ya seco.

—¿Qué es esto? —dije.

—La llave que abrirá el mundo a la inteligencia. Si la pierdo, no habrá sobre la tierra hombre como tú. ¡Jamás! Si me la devuelves, yo cumpliré la ley.

Era una justa prueba de su buena fe, y la acepté.

—Si la llevas en la boca, no podrá nada contra ti el guardián del aire. Ése es el precio que tiene mi vida.

—¡Tu vida es mía! —rugí, y de un certero golpe cercené la tercera cabeza.

Había pasado la segunda prueba, pero todavía me faltaban las dos peores.

¡El aire y el fuego!

# CAPÍTULO VII

Como me había asegurado el dragón, atravesé el círculo mágico de los seres diabólicos adictos al aire sin mayores problemas.

Aguanté los terribles vientos cálidos que secan a un hombre en minutos, tuve que vencer el sopor y la paralización de mis miembros durante ventiscas de nieve inconcebibles, soporté tormentas de arena, huracanes que despejaban montañas, lluvias torrenciales…

Con el hueso que llevaba firmemente cogido en la boca, me libré siempre del peor de todos aquellos suplicios: la falta de aire para respirar.

Tenía constantemente los pulmones llenos de oxígeno, y eso me daba el vigor suficiente para ir remontando todos los obstáculos.

Sólo al final del viaje, tuve un momento de apuro.

Una especie de águila blanca de gran tamaño se me echó encima, surgiendo como un proyectil del lejano horizonte, y clavó su pico en el amuleto que yo llevaba en los dientes, intentando desesperadamente arrancármelo.

Yo estaba por aquel entonces sudoroso, agotado y sucio hasta la exageración, y a ésta última circunstancia debo mi liberación.

La toqué con mis manos y vi cómo se deshacía entre ellas, dejando sólo un montón de plumas blancas sobre mi cuerpo.

Sabía que los espíritus del aire no soportan que se mancille su inmaculada blancura. Si en vez de acariciarla con suavidad, con las manos sucias, hubiese querido protegerme de su ataque con violencia, allí hubiera terminado mi peregrinación en busca de Mary Axe.

Había sentido sus garras hincadas en mis hombros, y nada ni nadie me hubiese librado de su feroz crueldad.

Cuando llegué frente a la muralla de fuego, mis fuerzas estaban a punto de acabarse.

Me habían agotado físicamente la lucha con el dragón y la interminable caminata por los dominios del aire, pero creo que más cansado estaba de sostener mi mente continuamente alardeando de un valor y una seguridad, que, con franqueza, en determinados momentos estaba muy lejos de sentir.

La experiencia que iba desarrollándose ante mí era aterradora, y todas mis capacidades humanas habían tenido que sufrir pruebas increíbles.

Un simple paso en falso y hubiera muerto en las condiciones más espantosas que yo puedo concebir: ahogado en poder del agua; despedazado y comido en poder de la tierra; asfixiado en poder del aire.

Y todavía me aguardaba la prueba peor: librarme de morir abrasado en poder del fuego.

Como digo, llegué a la barrera incandescente del último círculo al borde del agotamiento.

Necesitaba invocar a un poder bienhechor.

A un poder contrario a las llamas, que odiase el continuo crepitar del fuego, el calor, y la destrucción de la materia.

Me acordé de Yerbmón, el dios de las tinieblas hermano de Avaún, propicio a mí y padre del frío de la muerte.

Hice la llamada, y en el acto fui poseído por una aureola de helado aliento que me cubrió de pies a cabeza.

Yo sabía que aquello era duradero más allá de todo límite, y más fuerte que el fuego.

Podía pasar y lo hice.

Me encontré en el acto rodeado de un continuo movimiento rojo y amarillo, danzante y loco, sin principio ni fin.

—¡Has metido en mí a un enemigo! —Oí un lamento extraño.

—Es amigo del hombre —repuse con prontitud—, y yo soy un hombre poderoso.

—Un hombre no puede resistir mi voracidad…

—¡Calla! —grité—. ¡No molestes al amigo de Yerbmón! ¡Tú nada puedes!

—¡Morirás!

—¡Serás tú quien caiga vencido por el frío de los muertos!

Nuestras mentes se golpeaban con furia y yo tenía miedo de no resistir el duelo.

—¡Lucharás conmigo! —me decían.
—¡Lucharé con el fuego y venceré!
—¡Pues lucha, hombre pequeño y frágil!
Grandes llamaradas me envolvieron y de todas partes me caían chorros incandescentes de materia fundida.
No sentía el calor, protegido como estaba, pero era insoportable la fuerza de aquel torrente en movimiento, y el peso de la lava que me hundía más y más en el núcleo del fuego.
Los pies se me agarraban en el charco de materia fundida que era el suelo, y los ojos me ardían debido al resplandor casi blanco de las llamas.
Avanzaba tan penosamente que me crujían los huesos.
Estaba bañado en sudor por el esfuerzo, y la coraza protectora sólo me servía ahora de horno para mi propio calor.
Por primera vez en toda la aventura, sentí miedo.
Miedo de no saber dónde estaban los límites de la barrera de fuego, de ignorar si era más largo el camino de vuelta, que el camino que faltaba todavía por recorrer; y miedo, al fin, de no poder levantar los pies del suelo en cualquier momento.
Si me detenía, estaba perdido.
El calor era tan espantoso que me quemaba la piel. El crepitar del fuego ensordecía mis oídos, y únicamente me restaba vitalidad para contados segundos.
Paso a paso, seguí avanzando.
¿Y si me había desviado de la ruta y estaba haciendo un círculo dentro del gran círculo de la barrera?
Esta idea puso un pavor tal en mis pensamientos, como jamás antes había soportado.
¡Era necesario terminar pronto!
Las piernas empezaban a desobedecerme y cada vez les costaba más esfuerzo avanzar un poco.
¡No iba a llegar nunca!
Caí de bruces y los brazos se me hundieron hasta el codo en lava ardiente. ¡Tenía que levantarme! ¡Tenía que hacerlo! ¡No saldría de allí jamás!
Desesperado, consciente de que era el final, y de que el fuego había vencido, me impulsé hacia delante con la última reserva de energía, dejando que mi cuerpo cayera en lo que iba a ser mi lecho

de muerte.

Con ello, avancé unos escasos palmos y me resigné a morir.

Una rara sensación de negrura me obligó a abrir los ojos.

¡No era negrura! ¡Era la falta de aquel blanco cegador que me había acompañado tanto tiempo!

¡Era simple luz normal!

¡Tenía la cabeza fuera de la barrera de fuego! ¡Estaba al otro lado!

Es fácil comprender que todo mi cuerpo respondió al estímulo, y avancé hasta con facilidad los escasos metros que me faltaban para librarme de aquella pesadilla.

—Soy tu esclavo…, soy tu esclavo…

Dejé a mi espalda el sonido de tal lamentación, y me agradó que el fuego también se me hubiera rendido.

Me encontraba ahora en un aposento circular, fresco y agradable como una caricia de mujer, y me hallé incomprensiblemente lavado y vestido con una larga túnica blanca.

Una mesa, circular también, adosada a la pared, tenía comida y bebida.

En el centro del cuarto había una especie de lecho redondo, en el que acabé por tumbarme.

Todavía no estaba lo suficientemente repuesto como para decidir cuál debía ser mi conducta futura.

No creo que llegara a dormirme del todo, pero sí a perder un tanto la conciencia, cuando la seguridad de que alguien me estaba observando, me obligó a abrir los ojos.

En cuanto vi quién estaba a mi lado, me incorporé sobresaltado.

—¡Jane! —exclamé atónito—. ¡Jane! ¿Qué haces tú aquí?

—No soy Jane, amigo mío —era una delicia de voz—. Soy su madre…

—¿Mary Axe?

—Sí.

Aquello no era posible y tuve que hacer un esfuerzo para controlarme.

Tenía ante mí a una mujer de belleza deslumbrante, joven, más joven que Jane, perfecta de formas, con las elegantes piernas de su hija, pero más suave de contornos.

La perfección de Mary Axe residía en su figura, en su sencillez

provocativa, en su melena rubia suelta, en sus ojos grandes y alegres, en su boca capaz de sonreír y llenar el mundo de luz.

—¡Mary Axe! —Ahora yo no preguntaba, mi exclamación era de reconocimiento.

—¿Has venido a buscarme? —me preguntó con aquella voz que llenaba de cascabeles mi alma.

Llevaba puesta una túnica como la mía, ceñida en su caso por un cinturón trenzado, y con dos largas aberturas a derecha e izquierda, por donde relucía el color dorado y la suavidad tersa de su piel.

—He venido a buscarte —repuse, realmente sin aliento.

—¿Te ha mandado Elton Meigs?

—Así ha sido.

—Pero él no ha podido darte el ansia que te ha traído hasta mí.

—Vine sin más motivos que vencer las pruebas del círculo. Era un desafío interesante.

—No me conocías…

—No.

—Ahora, sabes cómo soy…

Estaba sentada a mi lado y la fragancia de todo su ser me bañaba con la mayor intensidad. Yo la miraba sin dar crédito a mis ojos.

—Sí, ahora lo sé —le dije, sabiendo adónde íbamos a ir a parar.

—¿Te gusto?

—Como gustan los sueños que se han hecho mujer. La imagen de la mujer ha estado tanto tiempo presente en nosotros mismos, que al convertirse en realidad, ya es imposible olvidar.

—¿Soy un sueño para ti?

—No. El sueño era un preludio de ti. Para mí eres la verdad y la realidad.

—Aún no lo sabes bien…

Los labios de Mary Axe se ofrecieron al mismo tiempo que sus palabras. La tomé en mis brazos y la besé.

Me respondió con una caricia suave e intensa, que era pura pasión, al tiempo que delicadeza y amor.

—¡Te quiero, Mary Axe! —dije yo, loco.

—Yo también a ti, William. Te quiero desde la primera vez que te vi.

—¿Cuándo me viste tú?

—Cuando entraste en mi hotel.

Empezaba a ver algún sentido a muchas cosas.

—¿Eres también Jane Meigs?

—Lo soy.

—¿Y Peveril Neumann?

—Ya sabes entonces, que éste es nuestro tercer beso.

—¿Cómo es posible?

—¡Porque Holborn no existe! A ti te llamó en seguida la atención no ver nunca a nadie. Es que no hay nadie. Sólo yo y Elton.

—Pero están las chicas…

—Siempre soy yo. Las mujeres que has conocido son encarnaciones mías, como lo son de Elton el conductor del coche, y Dickinson, y cualquier otro que hubieses querido ver. Sólo aparecemos cuando nos buscan.

—¿Por qué ha de ser así?

—Porque yo no puedo renunciar al talismán que me diste tú. Debo guardarlo por toda la eternidad, ya que tú mataste al dragón guardián de la tierra.

—¿Cuándo te di yo el talismán? —Si se refería al trozo de hueso seco, aún lo tenía en mi poder.

—Ahora me lo vas a dar.

—¡Pero tú no lo podías saber!

—Sí. Yo lo sé, ¡porque siempre pasa igual!

—No te entiendo…

—Tú, y hombres como tú, han estado viniendo a este aposento durante una eternidad.

Siempre me traen el talismán. Siempre me lo dan. Yo lo conservo y lo pierdo una y otra vez. Es mi fuerza y mi castigo.

—Luego, no me amas…

—Profundamente. Sólo he amado una vez en mi vida y ha sido a ti. Como jamás soñaste que existiera amor. Te lo demostraré en la forma que desees.

Una sospecha atravesó mi cabeza con la fuerza de un mazazo.

—¡Antes que a mí, amaste a Elton!

—Porque también eras tú. Tú eres Elton, y Elton ha sido siempre tú.

—Él te quiere —objeté—. Te venera muerta desde hace treinta

años.

—Lo sé. Me ama, pues disfrutó de un amor que jamás se apaga. Ya soy todo para él.

—Deberás volver a tu tumba.

—Ya no. Elton no me necesita, pues acaba de morir.

Me recorrió un extraño escalofrío por el cuerpo, que nada tenía que ver con la belleza inenarrable de Mary Axe. Quizá con sus palabras, o sus ojos…

—¿Cómo lo sabes? —pregunté asustado.

—¡Por favor, William! Estamos en la misma habitación que él…

Era otra verdad que había olvidado. El largo viaje que me había llevado hasta allí había sido un fenómeno mental y espiritual.

Yo, realmente, no me había movido del sótano. Ni Mary Axe tampoco.

Lo único ocurrido era que pude encontrar la forma de llegar hasta ella.

—Perdona —le dije—. Todavía estoy impresionado por el esfuerzo que me ha costado alcanzarte…

—Lo comprendo.

—¿Por qué abandonaste a Elton, Mary Axe? —insistí—. Él te adoraba igual muerta que viva.

—Elton iba a morir pronto. Tenía ochenta años y yo no puedo luchar con la muerte. Me fui de su lado para que me buscase, para que te trajera a ti, y te mandase llevarme a su lado. Eras tú el que tenía que atravesar la barrera. Yo no puedo ir con facilidad al mundo de los vivos, por lo menos, siendo yo en realidad, la Mary Axe de la leyenda, la Mary Axe de siempre, la única bruja que ha existido jamás, la sucesora del guardián de la tierra.

—¿Siempre has sido tú…? —pregunté incrédulo.

—Sí; siempre yo. He sido quemada, apedreada, torturada, enterrada viva… He muerto de todas las maneras imaginables, pero siempre he sido yo sola.

—¡Has tenido muchas encarnaciones!

—He tenido millones de formas —me corrigió—. Como Jane, como Peveril… Ésas son las que mueren, no yo. Los sufrimientos son horribles para mí, pero no muero nunca.

—¡Y así toda la vida! —murmuré.

—Desde antes de que la Tierra fuese sólida. Nací al tiempo que

el planeta y debo cuidarlo.

Todo aquello me tenía estremecido de encontrados sentimientos. Yo amaba a aquella mujer, al mismo tiempo que le tenía miedo y la detestaba.

—¿Qué haces en Holborn? —pregunté.

—Siempre he estado aquí.

—Pero Holborn no ha existido siempre…

—¡Holborn no ha existido jamás! Tú lo has visto porque venías a mí. Nada más. La ciudad verdadera se llama Kovrin White, y no tiene nada que ver conmigo.

—¿Eternamente aquí…?

—Aquí, en este mismo sitio material, en este pedazo que se llama Norteamérica, en el espacio de esta habitación donde tú has luchado contra todos tus enemigos. El lugar es el mismo. El tiempo cambia.

—¿Por qué ese terrible encono contra mí? —pregunté yo, aprovechando que había salido la conversación.

—No lo has entendido, William —me repuso—. Si no te dejan pasar, si en alguna prueba caes, se hubiera perdido el talismán y nunca hubiese habido inteligencia en este planeta. No hubiese sido el hombre el triunfador final, sino ellos, los seres de las tinieblas. Hoy han vuelto a renacer sus esperanzas, hasta que, entre tú y yo, les hemos vencido.

—¿Es que me has ayudado?

—Yo hice la zanja que te salvó del dragón. Lo demás, ha sido triunfo personal de tu voluntad. Pero el dragón te hubiera vencido, pues ha aprendido a usar mi voz, y eso te tenía muy mermado de facultades.

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Vivir aquí, juntos. Yo haré de ti el hombre más feliz de la tierra, y serás amado con la mayor y más sabia pasión que jamás hombre alguno haya conocido. Yo te quiero sinceramente, y para ti seré dulce como la miel…

Me acordé de las confidencias del pobre Elton.

—¿Y de mi vida anterior?

—Puedes continuar igual. Sólo que siempre vendrás a mí en busca de amor, a que te dé mi cuerpo y mi sabiduría.

—Tengo novia en la ciudad donde vivo…

—Cásate con ella. No me importa. No la podrás querer, y yo jamás sentiré celos.

—¿Entonces, el Museo…?

—William, tendrás que hacer algo por mí. El Museo es el campo de batalla donde lucho con las potencias ocultas que también pueden materializarse. Las figuras de cera nos sirven a unos y otros de vehículo para tomar contacto con la materia. El otro día evitaste que me mataran todas las demás figuras. No hubiera desaparecido, pero hubiese tenido que soportar atroces dolores.

Los que luego te hicieron sufrir a ti mientras comías con Jane. Quisieron darte una lección antes del viaje.

—Pero ¿hay museo o no?

—Hay un museo en Kovrin White, en el que no pasa nada. Otro en Holborn, que materialmente son los mismos, donde todos los horrores tienen cabida.

—¿Qué quieres que haga? —le dije.

—Quédate en Holborn y ayúdame a destruir a mis enemigos. Ahora que el talismán ha vuelto a mí, no tendrás la misma fuerza de antes. Podrás con ellos, y yo tendré otra vez unos años de paz.

—¿Qué haces cuando acabas tu misión?

—Te lo dijo Elton. Dejo que me maten en alguna de mis encarnaciones y descanso en un ataúd. Que no toque la tierra, para que no me sorprendan… Lo demás me da igual.

En todo aquello había una trampa. De eso estaba seguro.

—Eso quiere decir que te tendré conmigo mientras en el Museo haya peligro para ti.

—Así es, William.

—Entonces, tardaré en ayudarte a que te deshagas de tus enemigos. Quiero gozar de ti muchos años.

—Eres un tramposo, cariño.

Se volvieron a acercar sus labios a los míos, la luz fue perdiéndose en la sombra, y yo no supe nada.

¡Tenía conmigo a Mary Axe!

# CAPÍTULO VIII

Seguir emborronando estas cuartillas, ha dejado de tener sentido.

Al principio, cuando no sabía ni remotamente la profundidad que iban a adquirir los acontecimientos, yo mismo supuse que sería necesario. Y también dije por qué.

Ahora, sólo debo pensar en salir de aquí lo más rápidamente posible, dejando las cosas como estaban y no implicándome en asuntos superiores a mi capacidad.

Además, he traicionado a Mary Axe, y no sé lo que me espera, aunque tengo una idea de los horrores que me pueden caer encima.

Reconozco que es una mujer maravillosa, y que con ella se puede dejar que los años transcurran en paz, pero no puedo olvidar que es una bruja, que está empeñada en una lucha demasiado intensa para un mortal como yo, que a Elton Meigs lo convirtió en un pelele de sus apetencias, y que a mí me gusta llevar una vida donde la libertad sea mi mayor regalo.

Pasé, es cierto, unas horas inolvidables con Mary Axe, hasta que decidimos separarnos.

Después de largo abrazo de despedida en el aposento circular, yo me encontré otra vez en la cripta donde estaba el cadáver de Elton Meigs, con sólo desearlo.

Y eso por dos razones, porque el viaje de vuelta fue instantáneo, una vez vencidos mis enemigos, y porque me protegía el talismán.

Mi traición a Mary Axe ha consistido en no entregarle el hueso seco del dragón, aun después de los transportes amorosos a que ella me condujo.

No sé bien por qué, pero me parecía, de una forma vaga, que estaba siendo engañado.

Y yo puedo ser un hombre un tanto tímido en mi discurrir por el mundo real, pero sé que mis cualidades se multiplican por mil

cuando se trata de desenvolverse en el mundo de la mente.

Así que aquí estoy, otra vez en el museo, esperando que todos vengan a por mí. Tengo el talismán y me he convertido en el centro de tensión de un sinfín de fuerzas poderosísimas que han de combatir por su propia subsistencia.

¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo?

Estas cuestiones se me formularon hace unas horas e inmediatamente decidí pasar a la acción, adelantarme a todos y poner en marcha la trampa que me pudiera salvar.

No iba a esperar sentado.

Lo primero que hice fue llamar a Peveril Neumann a mi presencia.

Entró como siempre, encantadora y deseable por encima de cualquier otra cosa.

—¡William! —me dijo—. ¿Dónde has estado? Te estuve esperando toda la tarde.

No había perdido las tonalidades cristalinas de su voz. Era la misma de siempre, pero yo sabía que no podía dejarme engañar.

—Estuve haciendo un encargo del señor Meigs —le contesté, sin faltar a la verdad—. Un encargo muy especial…

—¿Has conocido al viejo?

—Y me ha resultado muy simpático además, Peveril. ¿No sabes lo que ha ocurrido, querida?

—No, ¿cómo iba a saberlo? ¿Qué le ha pasado?

—Pues que estuvimos charlando el señor Meigs y yo. Me enseñó la casa, sus gatos, sus obras de arte… en resumen, que pasamos los dos un buen rato. Luego me quiso mostrar un recuerdo que tenía en gran estima y se debió emocionar demasiado. Le dio un ataque al corazón.

—¿Lo vio el médico?

Yo casi me echo a reír.

—No, Peveril, no le vio nadie. Era un hombre muy anciano y no lo pudo resistir. Acabo de dejarlo. Estaba muerto.

—¡No puedo creerlo!

—Si puedes, Peveril; no te atormentes, que así son las cosas. Cuando un hombre ha dejado de ser útil, ya ves, se muere con rapidez.

—¡Pobre Jane! Lo va a sentir mucho…

—Me figuro que sí. Si quieres, luego vamos los dos juntos a verla.

—¡Oh, William, cuánto lo siento! Esta noche me va a ser imposible. Tengo otro compromiso…

Unas horas antes yo hubiera creído esta manifestación con toda sencillez, incapaz de adivinar el doblez que se encerraba en ella.

¡No podían estar juntas dos encarnaciones de Mary Axe al mismo tiempo!

Sin embargo, con qué naturalidad estaba montado el juego…

—No te preocupes, Peveril —dije yo, como si no estuviera al tanto de nada—. Otro día lo harás.

—Lo siento mucho, William —había ahora en su voz un tono de verdadera pena, que era todo un curso de interpretación—. ¿Quieres que trabajemos? —añadió a continuación.

—Sí, vamos a continuar con lo de esta mañana. ¿Qué dice Dickinson?

—Dickinson no ha venido esta tarde, William. No sé qué ha podido ocurrirle, pues ni siquiera ha avisado.

—¿Le has llamado?

—No. Estuve esperando. A veces se ha retrasado, pero nunca ha dejado de asistir a su trabajo.

—Si le hubieras llamado, hubiese venido…

Me asaltó la idea de que quizá, ahora, yo tendría que hacer también el papel de Dickinson.

—Pero no le llamé —terminó Peveril.

—Hiciste bien…

El juego que yo quería llevar adelante no me estaba dando resultado. Peveril era una consumada actriz, o Mary Axe no le había dado recuerdo de nada de lo ocurrido últimamente.

Así que había que cambiar de táctica.

—Te dejaré algunas cosas para que hagas, Peveril —dije—. Yo esta noche me voy a Atlanta.

¡Había dado en el clavo!

Los ojos de Peveril no cambiaron de expresión, pero se encendieron con aquel color rojo que yo tanto temía.

—¿Te vas?

—Sí.

—¡No!

El grito era hiriente y salvaje como otra exclamación de Jane que recordaba muy bien.

—¿Por qué no me voy a ir?

—¿Dónde está el hueso seco?

Bien, ya estaba roto todo el resto de comedia.

—¿Qué sabes tú de eso, Peveril? —Ahora había sarcasmo en mi acento.

—¡No seas estúpido, William! No te puedes ir. Si te vas con el talismán, te llevarás contigo a todos los poderes de las tinieblas y arrasarás todos los lugares adonde vayas. Si lo dejas aquí, si me dejas sola con él, será mi definitivo fin. ¡No, no te irás!

—¿Quién me lo va a impedir?

—¡Yo!

¡Espanto de horrores!

Peveril Neumann se convirtió en una de las más espantosas figuras de pesadilla que le han sido dadas a conocer a un ser humano.

Vieja, ruin, deforme, asquerosa de presencia, arpía de cuentos, amenazadora y rodeada de animales increíbles e inexistentes…

—¡Peveril! —grité en el colmo del terror. Un repulsivo olor se estaba adueñando del despacho y se espesaba en vapores grises y nauseabundos.

—¿Qué quieres de mí, hombre?

—¿Qué haces?

—¡Ésta es mi forma, hombre! —La voz chirriaba entre cadenas —. ¿O es que piensas que miles de leyendas, dibujos y cánticos de sabor popular, han nacido de la nada? Siempre una bruja ha sido algo terrible para el cerebro humano. Me ves como tú crees que ha de ser la materialización del horror puro. ¡Pero yo no soy así, hombre! Soy mucho peor, pero no alcanzas a verme en todo mi ser. ¡No puedes, porque es superior a ti, te explotaría la razón y morirías de pavor!

Verla retorcerse, gesticular, amenazarme, mientras en su boca se formaban burbujas de sangre negra, estaba siendo superior a mis fuerzas.

Los olores y sonidos que emanaban, tanto ella como sus animales, estaban taladrando mis defensas mentales y me dejaban a merced de peligros infinitamente superiores a los pasados en el

círculo mágico.

—¡No puedes soportarme! —Se reía la bruja.

—¡No, no puedo! ¡Quita esas visiones de mí!

—No las voy a quitar… ¡Mira!

Rompí a sudar de angustia y me eché atrás en mi sillón, en un intento suicida y desesperado de escapar de aquello.

Peveril, o Mary Axe, o quien fuera, me estaba volcando encima a toda aquella maraña de monstruos.

Me rodeaban, me babeaban, hincaban sus sucias bocas desdentadas en mí y me inundaban de excrementos fétidos. Sentí sus pieles ásperas y rascantes romper mis vestidos y humores malignos se adherían a mi pecho.

Me tocaban la cara, se subían a mis hombros reptando y había los suficientes cientos de bichos como, para quedar sepultado por aquel horror…

¡Mary Axe! ¡Mary Axe!, clamaba mi mente, sin saber ya lo que decía.

—Tú sufres más que nadie, pues más que nadie eres sensible a mí —retumbaba una voz en mi cabeza—. Tú tienes capacidad para ver más, y cuanto más ves, más horrible me muestro… ¡Mira!

Una cortina de espesas columnas de intestinos, telarañas, peces fríos, animales abiertos en canal, pájaros sin cabeza, empezaron a caer sobre mí, viniendo de todas partes.

Me faltaba el aire para respirar y no podía abrir la boca, pues las veces que lo había intentado, se me había llenado de gusanos, moscas grandes como ratas, arañas de patas duras que mordían, mordían, mordían…

De repente, todo desapareció.

Delante de mí tenía a Peveril, sonriendo suavemente y con una maravillosa promesa de entrega en sus labios.

—¡William, amor mío! No te irás. ¿Verdad que no?

—¡Cómo me has hecho esto, seas quien seas! —grité yo, recuperando lentamente el dominio de mis emociones.

—No te atormentes, cariño. Sabes quién soy. Puedo mostrarme aún peor, si antes activo tu mente. Ahora no lo he hecho, pues sabes que te amo. Pero no juegues conmigo, mi vida. No te vayas…

—¡Tienes miedo! —dije, triunfante.

La idea me había llegado como un repentino rayo. ¡Ésa era la

razón de tan espantosa experiencia! ¡Me había obligado a padecer su propio terror a quedarse sola!

—¡No lo tengo! —Su vehemencia en negar me dio la seguridad de haber acertado.

Entonces, aún me quedaba una baza por jugar.

Me levanté, me acerqué a ella con la mente en blanco, para que no pudiera intuir lo que pensaba hacer, y ¡escupí sobre sus ojos!

¡La forma más simple del primitivo conjuro contra el mal!

La forma que ha llegado a nuestros días, a través de cientos de generaciones, como el símbolo de la mayor de las ofensas: ¡escupir en la cara!

Inmediatamente, Peveril se encogió sobre sí misma y cayó de rodillas.

—¡No, por favor, no!

—¡Estás a mi merced, bruja maldita!

—Lo estoy.

—¡No intentarás nada contra mí!

—No lo haré.

—¿Quién eres?

—Me llamo Peveril Neumann.

—¿Quién eres? —repetí—. ¿A quién he vencido?

—Me llamo…

No la dejé terminar. Volví a hacer el mismo conjuro, musitando al mismo tiempo la invocación oral apropiada.

La mujer que tenía ante mí, se encogió hasta quedar hecha un ovillo en el suelo.

—¡No! No lo repitas…

No podía evitar un sentimiento de vergüenza, al ver a aquella encantadora criatura, desde el punto de vista de su apariencia física, suplicarme arrodillada, postrada hasta la humillación en el suelo.

—¿Quién eres? —pregunté por tercera vez. Era preciso tener su respuesta, a cualquier precio.

—Soy Mary Axe, William. La mujer que tú has hecho su esclava. No puedo ya nada contra ti.

—¡Levántate!

Se incorporó Peveril, pero era Mary Axe quien terminó de ponerse en pie ante mí.

—Has querido jugar conmigo —dije.

—Era necesario, William, mi amor. No puedo conservar la vida sin el talismán. Tenía que arrancarlo de tus manos.

—¿Por qué? Dime la verdad y te ayudaré.

—No puedo.

—Dime qué está ocurriendo aquí.

—No debo, William. Es imposible.

—¡Te lo ordeno, Mary Axe!

—Tendrás que ayudarme… —había ahora verdadera ansiedad en su voz.

—Si me convences, te ayudaré.

—William, escúchame bien y créeme. Yo soy una mujer corriente y normal, de tu mismo mundo…

—¡No puede ser! —Aquella relación era increíble.

—Es la verdad.

—¿Quién eres, entonces?

—Me llamo Mary Axelbrook Mathieu. Soy doctora en psicología paranormal, licenciada en Ciencias Ocultas, y catedrática de Fenomenología Psíquica en la Universidad de Michigan.

¡Dios bendito! ¡La doctora Mary A. Mathieu! Yo mismo había tenido ocasión de leer varios de sus libros sobre la materia que era nuestra especialidad.

—¡Es imposible que digas la verdad!

—Es la única realidad, William. Estamos los dos encerrados en un mundo oscuro, luchando contra poderes infernales. Yo te hice venir, para que me ayudaras. Estaba perdiendo la batalla yo sola.

—Pero ¿por qué te has mostrado tan espantosa hace unos momentos?

—Te he hipnotizado, William, perdóname. Quería retenerte a mi lado…

—Has sido muy cruel…

—Tenía mucho miedo…

—¿Qué debemos hacer?

—Te lo explicaré ahora mismo, William. Tenemos tiempo hasta la noche. ¡Sólo hasta la noche!

# CAPÍTULO IX

Mary Axe ha ido a recoger sus cosas al hotel, y también traerá las mías.

Esta noche, en cuanto terminemos la tarea, pensamos irnos de Holborn, y quiera Dios que jamás sea necesario volver.

Digo Mary Axe, pues la doctora Axelbrook Mathieu nunca será para mí otra cosa que la chica maravillosa de la túnica blanca, vivamos los años que vivamos.

Me enamoré de ella y fue con Mary Axe con quien pasé los mejores momentos de mi vida, cuando estuvimos en la estancia circular.

Ella también me ha confirmado que no mintió en su amor, que lo sintió nacer avasallador tan pronto como me vio, y que no está arrepentida de nada de lo que ha pasado entre nosotros, sino todo lo contrario.

Yo la he creído y no me ha sido difícil, pues estaba deseando hacerlo.

Un momento… Acepto que este cuaderno tenga que ser una reseña de mis experiencias, pero no creo que deba seguir refiriéndome a Mary Axe, como único tema.

Han ocurrido otros acontecimientos de la mayor importancia, que también es preciso contar.

Después de la revelación que ella me hizo, cuando confesó su carácter de persona completamente normal, creímos que todo se iría al diablo, al ver que se empezaban a desdibujar los contornos definidos de mi despacho, y de todo el resto del museo.

Nuestra mutua convicción de que Holborn existía se lesionó ante la verdad, y la ciudad entera empezó a desaparecer en la bruma.

No estábamos preparados para ello y tuvimos necesidad de efectuar un esfuerzo casi imposible, para no caer en el vacío.

Si nos falla entonces el apoyo de la ciudad fantasma, hubiésemos

desaparecido con ella.

Lo comentamos entre los dos, una vez vencido el peligro, y sacamos una conclusión aterradora.

Y era el riesgo continuo en que se encuentra cualquier ser vivo, de tener nuestras mismas experiencias, pero faltándole el conocimiento adecuado para saberlas vencer.

—William, lo hemos conseguido por los pelos…

Mary Axe se refería a la nueva solidez confortable de mi despacho.

—Tienes razón —le contesté—. Si nos llega a disminuir la concentración mental un solo instante, nos vamos al reino de las sombras sin remedio.

La joven quedó pensativa un rato, y, al fin, dijo:

—¿Te has fijado, William, en lo parecido que es todo esto, a esos comentarios que a veces se oyen?

—¿A qué te refieres? —Me mostré interesado.

—A que el mal momento que hemos pasado se repite y se presenta cien veces al día en el mundo real, y nadie le da importancia.

—Me parece que sé lo que quieres decir…

—¡Claro que lo sabes! Cuántas veces va uno de viaje por carretera, por una ruta que conoce bien, y, sin embargo, llega a tener dudas de si ha pasado por un determinado lugar, o si todavía no ha llegado. Más adelante se da cuenta de que sí ha pasado, y se extraña de no recordarlo. Casos como éste se consultan a diario en la Universidad. ¡Una distracción!, se piensa. La verdad es que has atravesado por un lugar que en aquel momento no existía.

Mary Axe estaba en lo cierto. Yo también me había enfrentado con problemas similares.

—Y ahí no acaba todo —seguí, a mi vez—. También suele ocurrir que te tropiezas con alguien a quien no conoces, pero que, no obstante, jurarías que es un gran amigo tuyo. Eso te pasa en plena calle. ¡Vaya, me equivoqué!, dice todo el mundo. Si supieran que acaban de ver a un fantasma con el que convivieron en otro plano distinto al suyo habitual, no serían tan tajantes en sus convicciones.

La doctora y yo estábamos hablando para disipar nuestro miedo.

—Yo tengo en clase un caso muy corriente —dijo Mary Axe—.

Se trata de una joven que por las noches, soñando, vuela. Me cuenta su pesadilla y dice que puede volar a distintas alturas, pero siempre dentro del ambiente en que habitualmente se mueve. Ya ves, ella se defiende del miedo a lo desconocido, pensando que sueña. Debía saber que todo es verdad, y que, en realidad, lo que hace es viajar a sitios parecidos a este maldito Holborn…

Mary Axe parecía interesada en encontrar una teoría que nos pudiera ayudar en el caso actual.

Pensé que debía aliviar su tensión.

—Oye, Mary Axe, ¿quieres que nos ocupemos de lo que realmente importa?

—¡Oh, sí! Estaba divagando sin querer…

—Pues empieza por contarme qué estás haciendo aquí.

—Es muy sencillo de explicar, William. En Kovrin White, la ciudad gemela de Holborn, estaban sucediendo cosas muy extrañas. Un día, por ejemplo, hubo un apagón total de todas las líneas eléctricas sin causa justificada, y sin que nadie llegase a saber por qué. Otro día, de repente, la gente parecía volverse loca en cualquier espectáculo, y se sumergía en una ola de violencia que tardaba horas en apaciguarse. Morían intoxicadas cien personas en un banquete, y la realidad es que no había motivo alguno para ese desastre. Jóvenes perfectamente normales, sin que ellos mismos supieran por qué, se ponían a disparar contra la gente, matando sin sentido y siendo a su vez, muertos por la policía…

—Sí, ya sé. Eso es algo que está pasando en casi todas partes.

—De acuerdo, William. La misma reincidencia que tú apuntas, daba más importancia al fenómeno. La prensa y la radio, siempre lo explicaban todo. Al menos, cara al gran público. Pero los estamentos directores más responsables, no estaban conformes. Una comisión de Kovrin White vino a la Universidad y pidió que hiciésemos una investigación, sin usar los métodos tradicionales, y con carta blanca para los gastos. Aceptamos el encargo con satisfacción. Ello nos daba la oportunidad tanto tiempo buscada de profundizar en un problema que ya teníamos en estudio. Lo demás, es sencillo de adivinar.

—Ya me lo figuro. Te encargaron el trabajo a ti y viniste a Holborn.

—A Holborn, no. Vine a Kovrin White. Luego sí, luego me

aproveché de mis conocimientos, y por un camino similar al tuyo, llegué aquí. No había nadie. No había nada. Pero yo detectaba con claridad algo macabro y terrible que emponzoñaba el ambiente. Fui haciendo pruebas y conjuros un poco a ciegas al principio, hasta que me aproximé al museo. Aquí era donde estaba el problema. Todo el edificio era un hervidero de entes de todas las categorías. Yo no podía entrar tal como estaba, ya que me hubieran destrozado en segundos. Entonces, inventé el asunto de la bruja, me hice pasar por ella, me autohipnoticé para dar fuerza a mi versión, y yo misma llevé mi figura al museo. No me costó ningún trabajo cambiar la cara y los vestidos de una cualquiera.

—Te expusiste mucho —comenté.

—Naturalmente que me expuse, pero si no lo hago, jamás hubiese alcanzado ningún resultado. Me atormentaron dos veces antes de que tú llegaras, y lo pasé tan mal, que decidí pedir ayuda. Te mandaron a ti…

—¡Pero si yo sólo contesté a un anuncio!

—¡William, mi amor, no seas niño! Te buscamos porque eres uno de los mejores especialistas para estos casos, y, luego, te sugestionó uno de los profesores de la Universidad. Te preparó la mente para que fueses sensible a cualquier posibilidad de vida no real. Sólo eso. A partir de entonces, veías con más nitidez lo irreal de Holborn, que lo verdadero de Kovrin White.

—¡Y de esta manera, me obligasteis a venir! —No me estaba gustando nada que me hubiesen manejado a su capricho.

—Así fue como un día te levantaste en Atlanta, con la convicción de que tenías un buen puesto de trabajo en otra ciudad. Viniste a Kovrin con la mayor naturalidad, y hasta que llegaste a un radio de unos diez kilómetros alrededor del museo, no sentiste nada de particular. A partir de ese momento, ya no hubo para ti otra cosa que no fuera Holborn. Y como en Holborn sólo estaba yo y lo que hay encerrado en el museo, sólo me viste moverme a mí, y a las figuras de cera. ¿Qué otra cosa ibas a ver, estando en una ciudad que parece muerta?

Mary Axe se rió. Aquella frase se la había dicho yo a Jane Meigs.

—¿Eras tú quien me recibió en el hotel?

—¡Claro, hombre, claro! Y para que no sufras, también fui yo la que se enamoró de ti en aquel momento. Ahí no ha habido engaño.

—¿Y Peveril?

—También era yo.

—Pero si Peveril es más pequeña, más niña, tiene el pelo de distinto color…

—Así querías tú ver a tu secretaria, William. Estamos en un mundo donde la materia tiene poco poder. Tú propio deseo siempre me modificaba un poco.

—¿Cómo eres en realidad? No saber a ciencia cierta cómo es la mujer que uno ama, no resultaba experiencia grata.

—Yo soy como viste a Mary Axe en la cripta.

—Pues me enamoré de ella —sonreí.

—Ya lo sé. Me hiciste muy feliz. Tú tenías algunos problemas contigo mismo, y te costó mucho trabajo descubrirme. Después de pasar la prueba del círculo, llegaste a mí limpio de prejuicios. Me viste como era.

—Muy guapa…

—Déjate de tonterías, cariño. Nos hemos enamorado como dos personas que se han conocido como realmente son. Sin adornos de ninguna clase. Reconociendo las virtudes, pero sin disimular los defectos. Desnudos por dentro y por fuera…

Aquella mujer me gustaba realmente. Tenía la habilidad de convertir las cosas más bonitas y más limpias, en simples regalos para el hombre que amaba.

Rodeé la mesa y me senté en el brazo del sillón que ella ocupaba. Sin palabras, levantó la cara y sonrió. Yo sabía que era una invitación a besarla.

—¿Qué hacemos ahora, mi querida bruja?

—Acabar el trabajo. Esta noche provocaremos en las salas del museo tal cúmulo de conjuros contradictorios, de invocaciones reales y falsas, de movimientos inesperados, que juntos tú y yo, lograremos destruirlos. Ya sabes que si se encuentran con algo más fuerte que ellos, se van y jamás vuelven.

—Si acertamos, sí…

—Tendremos suerte, William, ya lo verás.

—Eso espero.

—¿Recuerdas la Edad Media? También aquellos primitivos alquimistas hacían exorcismos, y limpiaban grandes zonas… ¡Hoy vamos nosotros a limpiar a Kovrin White!

—Bueno, ya veo que lo tenías todo previsto. Poco me queda por hacer a mí…

Puedo jurar que me sentía realmente molesto. Mary Axe parecía llevar las riendas del asunto, sin dejarme ninguna iniciativa.

Ella se dio cuenta en el acto de mi reproche.

—¡William, por Dios, no te enfades! —dijo—. Ése es mi plan, lo reconozco… Pero ten en cuenta que no lo he podido llevar a cabo hasta que tú has venido. Me faltaban tu energía psíquica y tu valor. Para mí, tú eres la fuerza y la seguridad. Recuerda que estaba dispuesta a abandonar.

Mimosamente se acercó a mí, y tuvo la maña suficiente para hacerme olvidar todo lo que no fuera ella misma.

Luego se despidió y marchó al hotel.

# CAPÍTULO X

Hay una razón para la machacona insistencia de poner, precisamente a las doce de la noche, como la hora propicia a las brujas.

La hora doce, tanto del mediodía, como de la noche, es el instante en que el sol está en la vertical de un punto determinado de la geografía terrestre.

Al mediodía, ilumina y fertiliza al máximo. En la oscuridad, es cuando son también máximas las condiciones contrarias.

Sin luz, sin calor y sin la presencia del padre sol, las criaturas de los abismos, de las tinieblas, de los arcanos recónditos del centro de la tierra, encuentran el ambiente apropiado.

Y a las doce en punto de la noche, este factor favorable para ellas, alcanza su mayor auge.

Mary Axe y yo estábamos dispuestos a presentar batalla en esa precisa hora.

Oímos dar doce campanadas en el reloj de péndulo de mi despacho, y nos pusimos en pie.

No había ninguna luz.

Mary Axe se detuvo un instante, inmóvil, y pronto nos vimos envueltos en aquella claridad lechosa que yo había apreciado en la primera de mis visitas al museo.

—William, están aquí…

—Lo sé. Yo también los noto.

—No dejes que me vuelvan a hacer daño.

—No tengas miedo.

Nuestras voces no tenían la tonalidad normal. Estábamos en tensión y se nos agarrotaba la garganta.

—William…

—¿Qué?

—¡Han venido todos!

—Lo sé…

Y además, se estaban acercando demasiado aprisa.

Aumentó la claridad y yo me preparé para lo peor. Sentía el vello de todo mi cuerpo erizado, y continuos espasmos de frío me recorrían la piel.

Uno al lado del otro, quietos, Mary Axe y yo esperábamos.

El ruido era tenue, pero constante.

Al fin, la puerta del despacho empezó a moverse. Primero fue la dorada manilla la que giró en silencio, y luego se separaron las hojas.

Vi asomar una mano blanca. Luego, una cara de cera.

¡Las figuras vestidas de etiqueta!

Se enmarcaron en el umbral, poderosas, negras, sólidas, amenazantes.

A su espalda se vislumbraban todas las demás figuras del museo.

¡Movían los pies en un avance lento, inexorable, sin prisa!

¡Nosotros éramos los únicos que permanecíamos clavados en el sitio!

Sentí palpitar dentro de mí el terror de Mary Axe. Ninguno esperábamos que viniesen todos al mismo tiempo.

¡Un poco más cerca! Era ya una línea continua y compacta la que nos aplastaba con su fuerza, y hacía que empezásemos a retroceder.

Seguían entrando por la puerta y llenaban el despacho de lado a lado.

¡Nos habían ganado por el número!

Nosotros pensábamos haber luchado afuera, en el museo, cambiando de lugar, encontrándolos separados, aislados, con suficiente espacio alrededor para poder movernos…

Sin embargo, ahora los teníamos empujando con su masa, su fría tenacidad, su marcha inexorable, como una muralla maciza que avanzase toda al mismo tiempo.

Codo con codo, los veíamos venir formando una barrera multicolor. Asesinos, deportistas, hombres de letras y ciencias, monarcas fallecidos, personajes históricos, fantasmas célebres, soldados, mujeres, guerreros, entes de pesadilla…

¡Una masa de terrores vivos, salida de una masa de terrores del pasado!

Los ojos del hombre lobo, los colmillos de Drácula, la máscara del doctor Jekyll, el monstruo de Frankenstein, la expresión del loco ahorcado, del viejo sádico… de todos, ¡nos miraban con la misma fría indiferencia!

No les importábamos…

No nos temían…

Mary Axe temblaba a mi lado, pero en su cara se endurecían las líneas de una firme decisión.

Yo estaba mirándola en aquel momento, y no supe por qué sus facciones cambiaban de repente, por qué salió aquel gemido de sus labios.

Volví a prestar atención a la muralla de figuras de cera, y algo se rompió dentro de mí.

¡Todas aquellas apariciones, al mismo tiempo, como movidas por un mismo resorte, estaban levantando los brazos!

Rígidos, tiesos, sin doblar los codos, docenas de brazos se dirigían al frente.

Cien manos se adelantaron, horizontales, orientadas a nosotros.

¡A nuestros cuellos!

—¡William!

—¡Voy!

Mary Axe había querido decir que estaban a menos de dos palmos de su garganta.

¡Yo iba a hacer algo!

Había vencido al espíritu del agua, y conjuré su presencia.

En un instante, miles de animales marinos, deformes caricaturas de peces, medusas, anguilas, crustáceos, esponjas, y otros cientos de especies más, todos irreconocibles, empezaron a hervir entre la masa de figuras de cera.

Se adueñó de la atmósfera del despacho un ambiente de humedad, de cieno verde pegajoso y flotante, de jirones de bruma, de agua estancada, que amenazaba con asfixiamos a todos.

Vi entonces ojos saltados, caras comidas, manos sin dedos, ropas que se hinchaban a impulso de los seres que se metían en ellas, escenas de ferocidad increíble…

Retumbaban por la estancia alaridos infrahumanos, gemidos chirriantes, gritos de dolor profundos y sostenidos, rugidos de ira, ayes de angustia…

Era casi sólido el golpe que estaban recibiendo nuestros oídos.

Aquel torrente de maldad desatada era imposible de soportar.

Las figuras perdían la materia de que estaban hechas, y los entes primitivos y malignos que las habían poseído gritaban con sus propias voces, con sonidos insoportables para nuestra sensibilidad.

La terrible sinfonía fue adquiriendo ritmo dentro de su locura, y poco a poco se elevó en el despacho un canto salvaje, un murmullo tenaz, una repetición de sonidos constante e igual, que amenazaba con romper nuestros nervios.

Si antes el avance de las figuras parecía inexorable, ahora, apoyado por la letanía machacona y rítmica, era alucinante.

Nos vimos obligados a ceder terreno, y este gesto nuestro aceleró la marcha de la muralla de enemigos.

Todo el hervidero de seres marinos desapareció de improviso, pero quedaron las huellas de la lucha.

Teníamos delante una larga serie de rostros heridos, caras deformes, figuras destrozadas, pero siempre avanzando.

¡Y nosotros habíamos retrocedido!

Fue imposible evitarlo…

¿Qué hacía Mary Axe?

Me llegaban de ella oleadas de terror, una tras otra, amontonadas, tenaces, repetidas…

Algo había vencido su espíritu y no era capaz de reaccionar.

Estaba solo contra todos.

¡Y me hacía falta el apoyo de Mary Axe!

Un chillido taladrante me sacó de estos pensamientos.

¡Dios mío!

¡Las primeras manos habían alcanzado ya el blanco y esbelto cuello de la mujer que amaba!

Eran los mismos asesinos de la otra vez. ¡Los vestidos de negro!

Me olvidé de que aquello eran simples figuras de cera, dominadas por otras voluntades, y me porté como un hombre corriente.

Cogí una silla y la descargué con toda mi alma sobre aquellos brazos horizontales y aquellas manos ansiosas.

Se rompieron y cayeron al suelo. ¡Eran muñecos! Mi mente saltó de alegría ante este simple razonamiento.

¡Sólo muñecos!

¡Podía hacerlos trizas a golpes!

Como un loco, seguí dando trallazos impresionantes con mi improvisada arma, y vi cómo caían al suelo cabezas, brazos, troncos, figuras enteras…

Un relámpago de comprensión atravesó la coraza de mi ira desesperada, y quedé paralizado con la silla en alto.

¡Era horrible!

Todo cuanto trozo había yo hecho, todo lo que había roto, ¡seguía su avance igual que antes, reptando ahora por el pavimento!

Un triple alarido de Mary Axe hizo que me volviera a ella.

¡Manos rotas, brazos arrancados, dedos sueltos, se aferraban a las piernas de la joven!

Tan alucinante espectáculo me dejó paralizado unos segundos. Pero fueron suficientes…

¡Algo helado estaba apretando mis tobillos!

¡Unas uñas subían entre el pantalón y mi pierna!

¡Ya me llegaban a la rodilla!

Grité, grité, grité y nada parecía capaz de hacerme callar.

«¡Dios mío, eso no!», gemía todo mi ser.

Y las demás figuras, las rotas y las intactas, y más que seguían entrando en el despacho, formaban como una masa uniforme e imparable.

Me había distraído el espantoso toque de aquella cera que tenía viva por todo el cuerpo, y me di cuenta de que ya no tenía sitio para retroceder.

¡Estaba rodeado!

Mary Axe se había apoyado en la pared del fondo, con todo su cuerpo pegado al muro y las manos separadas, con las palmas también en la pared. Era la viva imagen de la impotencia.

¡Ya no podía retroceder más!

La piel me temblaba de asco y el dolor empezaba a ser insoportable. Daba golpes a ciegas con los restos de la silla, pero yo sabía que nada me podía salvar.

Mis propios movimientos me habían lanzado al centro de la masa.

Notaba los ojos de las figuras siempre fijos en mí.

Cerca. Todo muy cerca…

Las vueltas y los molinetes no tenían ya sentido. Por todas partes

era igual. Estaba rodeado y el cerco era estrecho…

La primera mano entera me agarró.

Luego fueron diez, veinte, mil…

Manos fuertes, frías, inexorables…

Mary Axe se mantenía quieta, pero todavía no habían llegado a ella. Quizá yo la había salvado…

¡Mi cuello!

Dos, tres, cuatro zarpas violentas y duras en el cuello…

¿Qué importaba?

¡Mary Axe!

No me podía mover ya. No había parte de mi cuerpo sin la correspondiente tenaza agarrada a él.

¡Mary Axe!

Y, como una exhalación, como una lucidez extraña antes de morir, la sensación de mi propia imbecilidad.

¡El fuego era también mi esclavo!

¡AGH!

* * *

He escrito yo las últimas cuartillas del diario de William, mientras he podido.

¡Mi amor!

Sentía tus pensamientos y emociones como si las viviera en mi propia carne.

Querría ser yo la muerta, y no tú, para no tener este sufrimiento tan intenso, y esta sensación de vacío irreparable.

¡No es posible que exista un dolor tan duradero como el de perder al hombre que amas!

No puedo hacerme a la idea de que no estás, de que has muerto, de que todo es inexorable.

¡No puedo soportarlo!

Yo vi cómo te despedazaban, cómo perdías tu condición humana, cómo te convertías en una pulpa sangrante, machacado por todos los instrumentos del odio…

¿Cómo voy a llamar a aquellas manos animadas por la furia de la destrucción?

Te hicieron otra vez sangre, otra vez líquido, otra vez nada…
¡Delante de mí!
Vencieron ellos…
¡Y yo tuve la culpa!
Podía haberte salvado como me salvé yo, pero no pude reaccionar hasta el último minuto.
¡William, amor mío!
Cuando vi que te ibas, no quise para mí la misma suerte.
Fuiste tú, sacrificándote, quien me dio la fuerza necesaria.
Sabía cómo hacer para que no me tocasen.
Pero sólo lo hice cuando te vi morir, y tuve miedo por mí…
¡Estoy avergonzada! ¡Jamás me perdonaré!
Conjuré a siete poderes benéficos con una sola palabra.
¡William! ¡Oh, William!
Estoy llorando por mí, por ti, por nuestro amor.
No me tocaron.
No pudieron acercarse…
¡Pero hicieron algo peor conmigo, William querido!
Algo que sé que no tiene remedio. Algo que ya empiezo a notar, y que no es posible vencer.
¡Me maldijeron ellos también!
Me metieron en la figura de cera que yo misma hice a mi semejanza.
Estoy dentro de ella ahora mismo, y dentro de unos segundos no podré resistir más la presión de la materia.
Ya me cuesta moverme.
Me siento fría… ¡No puedo escribir!
Son las últimas líneas…
¡Soy una figura de cera!
Ya no puedo respirar.
¡Adiós!
¡William, te quie…!

# LIBRO SEGUNDO

DOS AÑOS DESPUÉS

# CAPÍTULO PRIMERO

Una copia del manuscrito quedó encima de la mesa.

Cuatro hombres estaban sentados en las pequeñas banquetas del remolque, y, de vez en cuando, se removían inquietos, incómodos.

Kerry Bokker, el periodista, había estado señalando los párrafos más significativos del documento, y ahora se echó hacia atrás, cruzó las piernas y encendió su enésimo cigarrillo.

Nadie hizo ningún comentario.

Sólo Coling, el bizco ordenanza del *New York Times*, se atrevió a hablar:

—Muy bien. Hay una figura de cera que es esa mujer llamada Mary Axe. Eso ha quedado claro. Pero el museo está en ruinas, las figuras que no ardieron fueron robadas por curiosos o por coleccionistas, y allí no queda nada. ¡Ustedes dirán! A mí no se me ocurre ninguna idea.

Harvey Sheridan, el espigado jefe de policía que fue de Kovrin White, se creyó en el deber de aclarar:

—Fue imposible impedir el saqueo. La ciudad ardió por los cuatro costados al mismo tiempo. Mis hombres de aquel entonces protegieron las propiedades de valor, incluso a las mismas personas… Desde luego, reconozco que el museo quedó a merced de cualquier desaprensivo. No pudimos preocuparnos de todo.

—Nadie la reprocha nada, Sheridan —intervino Kerry—. Es muy comprensible lo que dice. Lo malo es que aquí nos ha traído, precisamente, el maldito museo.

El cuarto hombre no decía nada. Se trataba de Allan Barton, profesor de la Universidad de Michigan, y la persona que eligió a William E. Gardiner como ayudante de la doctora Axelbrook Mathieu. Era un hombre grande, gordo y calvo, que se pasaba el día sudando.

El equipo llevaba dos jornadas completas en las ruinas

calcinadas de Kovrin White. Su trabajo de reconocimiento había sido completo y estaban cansados y desorientados.

Vivían en un confortable remolque, instalado en la gran explanada existente ante las ruinas del Museo Histórico de Figuras de Cera.

No se había podido evitar que Coling, que se creía el padre de la historia, y que quizá tuviese razón, acompañase a Kerry Bokker.

Ahora, los dos compañeros de redacción, se encontraban en un callejón sin salida.

Se había solicitado la ayuda de Allan Barton, por ser un especialista en ocultismo, y porque, además, era la única persona que conocía a los dos protagonistas de la historia.

Al antiguo comisario Harvey Sheridan lo impusieron las autoridades del Estado, antes de conceder el permiso de investigación.

Aún no habían surgido roces entre ellos y, por otro lado, se encontraban tan desconcertados como cuarenta y ocho horas antes, cuando habían asentado el remolque en su actual emplazamiento.

—¿Usted qué dice, Barton? —preguntó Kerry.

—Es imposible tener una idea clara. He pensado que debemos enfocar el problema bajo un doble punto de vista. Si es cierto lo que aquí está escrito —dio una palmada sobre el diario de Gardiner—, debemos pensar que una figura de cera desconocida es la trampa donde han encerrado a la doctora Axelbrook. Y eso nos obliga a aceptar que el encantamiento es válido, y que, igual que una, puede haber muchas figuras cargadas de extraños contenidos. En cambio, si este documento es una patraña, nada tiene importancia.

—Creo que ya se ha demostrado la autenticidad de estos papeles —a Coling le molestaba sobremanera que se pusiera en duda la importancia del descubrimiento.

—Así lo creo yo también, amigo mío —siguió Barton, que no cesaba de pasarse un pañuelo por la frente—. Pasemos, pues, al segundo punto. Si las figuras, una o varias, están encantadas, es imposible que en dos años de olvido, nadie se haya quejado de ningún fenómeno misterioso. Y yo les aseguro que esos fenómenos tienen necesariamente que producirse.

—Debemos pensar, entonces, que el fuego las destruyó todas… —terció el comisario.

—No, Sheridan —dijo Kerry—. El museo tiene aún partes intactas y allí tuvieron que quedar figuras.

—Entonces no me explico nada —Sheridan se encogió de hombros y pareció desentenderse del asunto.

¡Cuatro hombres conocedores de su oficio, tras la pista de un monigote de feria! ¡Puaf!

—Sin embargo, hay una única explicación —siguió el profesor —. Es ésta: que todas las figuras fueron tomadas por una sola persona, están juntas y escondidas, y su nuevo dueño no quiere hablar, pase lo que pase. Así se elimina el imposible hecho de que se encuentren diseminadas en muchas manos y el silencio sea tan hermético. Alguien siempre hubiese dicho algo…

—Es una hipótesis razonable —dijo Kerry. Se le veía más animado—. Pero ¿dónde están? Eso va a resultar peor que buscar en una habitación oscura una cucaracha negra…

—Tenemos un punto de partida…

—¿Cuál, profesor? —Hasta Coling parecía despierto.

—El manuscrito…

—Pero si lo hemos estudiado hasta la saciedad…

—Ya lo sé. Pero aquí tiene que estar la clave, o deberemos abandonar.

—¿Qué aconseja usted? —pidió Kerry Bokker.

—Veamos. Lo primero es hacer una lista de las personas que aparecen en el relato.

El periodista se acercó a la mesa y tiró el cigarrillo.

—Primero, las mujeres —recitó el profesor, contando con los dedos—. Una, Mary Axe; dos, Peveril Neumann; tres, Jane Meigs. Más una perdida referencia a la novia de Gardiner, que todos conocemos de vista, y que no es fácil esté implicada en el problema. ¿Conformes?

—Sí, profesor.

—Sin embargo, hemos de creer que todas son la misma persona, según nos dicen. Lo dejaremos, pues, en una sola mujer, Mary Axe.

—Todos de acuerdo —dijo Coling.

—Vamos con los hombres. Uno, Gardiner, que murió; dos, Elton Meigs; tres, Elias Dickinson y cuatro, el conductor del coche que hacía de taxista. Aquí se dice que todos, menos Gardiner, eran distintos aspectos de uno sólo, de Elton Meigs…

—¡Ya está claro! —exclamó Kerry—. Efectivamente, ¿quién es Elton Meigs? Gardiner lo vio. Mary Axe lo vio. No son dos los protagonistas… ¡Son tres!

—¡Magníficas conclusiones, Kerry! —dijo el doctor, complacido—. Desde que leí el manuscrito por primera vez, me ha tenido intrigado esta aparente discrepancia. ¿Cómo encajar en la historia a Elton Meigs? ¿Un personaje de ficción creado por Mary Axe? ¿Un ser real aprovechado por ella? Es lo primero que debemos saber.

—Sí, pero ¿cómo? —la pregunta vino de Sheridan, que empezaba a encontrarse en su elemento.

—El hotel existía también en Kovrin White, ¿no?

—Sí, señor.

—Y tendría unas casas contiguas…

—¡Ya le entiendo! Usted cree que en alguna vivía Elton Meigs, al tiempo que el propietario real.

—Exacto, Sheridan.

—Podemos efectuar una investigación en las ruinas.

—Si somos capaces de encontrar una casa en la que haya un sótano parecido al que se describe en el manuscrito, habremos dado un gran paso adelante.

La atmósfera en el remolque había sufrido un cambio repentino. Volvían a brillar los ojos con la esperanza de un posible triunfo.

—¿Quiere que la busquemos?

—Sí, Sheridan; y usted se va a encargar de dirigirnos. Usted, que conoce esta ciudad mucho mejor que nosotros.

Los cuatro hombres abandonaron el remolque y salieron a la plaza.

Después de dos años desde el incendio, la seca maleza propia de la zona era el distintivo más acusado de Kovrin White. Todo lo ocupaba.

Se notaban las consecuencias del incendio devastador que terminó con la ciudad, y abundaban los restos de escombros, las paredes que se mantenían en pie de milagro, las casas medio derruidas, las calles cegadas…

El paso del tiempo había limado aristas y desdibujado parte de los brutales efectos del fuego.

La ciudad aparecía gris, en vez de negra; triste, en vez de muerta; sin alma, en vez de atormentada.

Los cuatro hombres fueron avanzando hasta llegar a las ruinas del hotel.

—Allí es el mejor sitio para buscar —dijo el comisario Sheridan, indicando un viejo caserón—. Ahí vivía una de las mayores fortunas de la ciudad. Un viejo avaro que jamás se metió con nadie. Vaya usted, Kerry, y vea hasta dónde puede llegar. Coling, mire usted en esa otra esquina; no creo que encuentre nada, pero eche un vistazo de todas maneras. Usted, profesor, métase en ese cobertizo. Era un garaje. Tenga cuidado con las vigas del techo… Yo iré a la parte trasera del hotel. Allí había una tienda de antigüedades, y quizá…

Estaba claro que Sheridan se había reservado para sí lo que le pareció más sugerente.

Allan Barton sonrió entre dientes, y marchó a su garaje.

Los dos periodistas se separaron también, cada uno en dirección opuesta.

—¡Dentro de media hora, en el mismo sitio! —Se oyó todavía gritar a Harvey Sheridan.

* * *

—Ya hace tres cuartos de hora…

—Sí…

—Podemos acercarnos a la casa…

Kerry Bokker, Allan Barton y Harvey Sheridan llevaban quince minutos esperando a su compañero, y se mostraban impacientes.

Ninguno había encontrado nada que se pareciese ni remotamente a lo que buscaban, y se les veía de mal humor.

Se habían hecho demasiadas ilusiones de tener un final rápido y feliz.

Entraron en el edificio encargado a Coling y le llamaron a voces, primero bajas, como respetuosas ante la soledad del lugar, y luego ya abiertamente a gritos.

—¡No está aquí! —dijo Kerry.

—¡Tiene que estar! —repuso Sheridan, que empezaba a no tenerlas todas consigo—. Le hubiésemos visto salir…

—¡Vamos a buscarle! —indicó Barton, que ahora sudaba a mares —. Ya me temía yo que ocurriese un accidente, con tanta piedra

suelta…

No habían transcurrido ni cinco minutos, cuando un grito de aviso rebotó entre aquellas paredes.

—¡Aquí! ¡Aquí! ¡Vengan corriendo!

El que así chillaba era el propio Sheridan, quieto como una estatua ante una especie de zanja en el patio.

Cuando los tres estuvieron reunidos, pudieron ver con claridad el cuerpo de Coling, en una postura imposible, bañado en sangre, muerto, con aquellos ojos suyos bizcos clavados en un punto indeterminado del cielo.

—¿Qué ha pasado aquí? —rugió Kerry, totalmente descompuesto por la impresión.

—No lo sé —gimió Sheridan—. Lo encontré así, no lo he tocado…

El profesor Barton ya había bajado a la fosa y estaba reconociendo el cuerpo.

Cuando volvió a subir, no tenía gota de color en el rostro.

—¡Está muerto! —dijo, con voz apenas audible.

—¡No puede ser!

Kerry Bokker estaba temblando.

—¡Está muerto! —repitió el doctor—. ¡Muerto! ¡Lo han matado…!

—¡Qué dice usted!

—Está desangrado. Tiene heridas por todo el cuerpo —la voz de Barton subía por momentos, hasta ser demasiado aguda—. ¡Como si le hubieran atacado miles de manos…!

El alarido de Barton murió al fin, y los tres hombres se miraron aterrados.

¡La pesadilla del manuscrito, a plena luz del sol y en Kovrin White!

—¡Está usted loco! —aulló Kerry—. ¡Aquí no hay manos, ni figuras, ni…!

Se detuvo a media frase, asustado de sus propias palabras.

Acababa de completar, sin querer, lo que latía en la voz del profesor Barton.

Harvey Sheridan no apartaba los ojos del muerto, fascinado por la expresión de éste, y sin querer atender a lo que los otros decían.

Maquinalmente, sin saber por qué, sacó el revólver de su funda y

lo metió en uno de los bolsillos del pantalón.

—¿Qué hacemos? —dijo al fin.

—¡Irnos! ¡Qué otra cosa podemos hacer! ¡Irnos lo antes posible! —explotó Barton, que era, de los tres, el menos acostumbrado a espectáculos como aquél.

—¡No nos iremos! ¡Nadie va a irse de aquí! —ordenó Kerry—. Esto es un asesinato, simplemente. ¡Estamos obsesionados por tanta tontería como hemos leído! ¡Esto es un crimen y hay que encontrar al culpable!

—Pero ¿es que no me ha oído? ¡Son heridas de manos, de uñas, de garras…!

—¡Basta ya, Barton! ¡No sea usted fantástico! La muerte de Coling es obra de un vagabundo, de un ladrón, o de alguien que estaba escondido y se ha asustado. ¡Vamos a buscarlo!

—¡Yo no! —El profesor Allan Barton estaba poniéndose enfermo.

—Y usted, Sheridan, ¿viene conmigo?

—Sí, claro… —el comisario contestó con la voz de una persona que se encuentra a cien leguas del problema.

Kerry y Sheridan, éste con el arma en la mano, se adentraron en la parte de las ruinas.

El cadáver de Coling quedó en la zanja.

Inmediatamente se le unió el profesor, que llegaba corriendo:

—¡No me dejen solo! ¡No me dejen solo!

# CAPÍTULO II

No habían encontrado nada.

Ni huellas, ni ruidos, ni restos de comida, ni esas impresiones poco catalogables que indican que en un sitio ha estado viviendo alguien.

Habían registrado la casa y gran parte de los alrededores, terminando por volver al remolque a descansar un rato.

—Debemos poner en conocimiento de las autoridades lo que aquí ha pasado —decía Sheridan, ya más calmado después de beberse un par de copas.

—No tenemos radio —objetó Kerry.

—¿Es que piensan ustedes quedarse otra noche?

El profesor Barton no podía disimular su miedo.

—Sí —aseguró Kerry—. Y las que sean precisas, no lo olvide usted.

El periódico era el que pagaba los gastos, y Kerry Bokker se había hecho dueño de la situación.

—Pero es que…

—¿Qué le ocurre ahora, Barton?

—Ustedes ya saben mi especialidad. Reconozco que estoy asustado, aterrado…, pero creo que deberían escucharme.

—¡Diga lo que se le antoje!

—Sí, bien… Alrededor de Coling, en aquel patio, no sé, había presencias extrañas, focos de malignidad…

—¿De qué está hablando? ¡Por favor, Barton! Sea más claro, o acabaremos todos locos.

—Mientras estuvimos allí he notado que nos tenían rodeados seres infernales, como los que cita el manuscrito. Había muchos… Todo el cuerpo de Coling estaba infestado de ellos. Cuando bajé a reconocerlo, yo…

La palidez más acentuada le inundó otra vez el rostro.

—¡Tome! —dijo Kerry, poniéndole casi en los labios el borde de una copa bien colmada—. Bébase esto y se sentirá mejor. Dice usted que…

—Digo que lo mataron las figuras… ¡No me mire usted así! Estoy seguro de ello. Aquellas heridas, aquellas grietas en la piel…

—¡Calle, por lo que más quiera, cállese usted! —suplicó Sheridan, que tampoco las tenía todas consigo—. Eso no puede pasar en pleno día…

—Lo hemos dejado allí, tan solo, tan…

Nada era capaz de frenar el terror de Allan Barton. Quizá más sensible, más inteligente y mejor preparado que sus compañeros, estaba pasando las penas del infierno.

Kerry Bokker decidió que era preciso obrar con rapidez, antes de que se disgregara el equipo que formaban los tres.

Nada le importaba ya la historia del manuscrito, pero no estaba dispuesto a tener que volver al periódico, con el cadáver de Coling, y sin una respuesta sobre quién lo había matado y por qué.

De momento, no se podía contar con Barton, pero sí con Sheridan.

—Vamos a dar otra batida a estos alrededores —dijo—. Usted, Barton, se quedará aquí y nos prepara algo para cenar. Nosotros vamos a salir, y ver qué podemos hacer. Ahora son las cinco de la tarde. Estaremos aquí a las seis. Usted no se mueva del remolque y esté atento por si nos oye llamar.

Dejando al asustado profesor distraído en algo, Kerry se marchó más tranquilo.

Allan Barton cerró la puerta por dentro nada más salir sus compañeros, y se refrescó cara y manos con un paño húmedo.

A continuación, se dedicó febrilmente a preparar unos emparedados de jamón y unos huevos duros.

Terminó demasiado pronto para su gusto y no supo ya qué hacer. Cogió el manuscrito veinte veces, y lo abandonó otras tantas, sin poder concentrarse en la lectura.

Cuando aún faltaban diez minutos para que se cumpliera el plazo fijado por Kerry, le pareció oír la voz de éste, llamando angustiado:

—¡Barton! ¡Barton! ¿Dónde está?

—¡Aquí! ¡Aquí estoy!

Abrió entonces la puerta y se asomó afuera.

El corpulento Kerry venía hacia él, atravesando la plaza, con el enjuto cuerpo de Sheridan en los brazos.

—¡Oh, Dios! ¿Qué habrá pasado ahora? —tartamudeó el profesor.

No se atrevía a separarse de la protección del remolque, y esperó la llegada del periodista.

—¡Ayúdeme, Barton, no se quede ahí parado!

Entre los dos dejaron el cuerpo de Sheridan en el suelo, y se apartaron de él como si quemara.

—¡Lo mismo que Coling! —dijo Kerry—. Lo encontré al volver, pegado a una tapia.

—Son las figuras… las figuras…

Kerry perdió la paciencia y zarandeó al profesor violentamente.

—No piense tonterías, Barton. Estamos ante un asesino despiadado, un loco quizá, y necesitaremos toda la lucidez del mundo para apresarlo.

Sin embargo, el estado del comisario Sheridan desmentía en gran parte aquellas sensatas palabras.

Como Coling, estaba machacado por la acumulación de golpes que había recibido en todo el cuerpo, el cual aparecía bañado en sangre y destrozado totalmente.

Sobre todo, la cara y el cuello apenas tenían algo de humano.

Sheridan, a diferencia de Coling, no miraba a ningún lado, ya que lo primero que había perdido eran los ojos.

Barton quedó cabizbajo después del zarandeo, y no se atrevió a acercarse al cadáver.

Luego, algo nuevo debió formársele en el cerebro, pues se irguió de repente y miró a Kerry con expresión desorbitada.

—¡Usted…! ¡Usted lo ha hecho!

—¡Que yo he hecho qué! —rugió Kerry, que tenía los nervios a flor de piel.

—¡Usted lo ha matado! ¡Usted es el asesino!

—¡No sea idiota, Barton! Yo no he matado a nadie.

—¡Sí! Usted ha sido… Usted estaba con él… ¡Mató a Coling y, ahora, a Sheridan!

Barton reaccionó, de una manera insospechada y se lanzó sobre Kerry.

Éste soltó el puño, y frenó en seco a Barton de un soberbio golpe en plena nariz.

Pareció que el dolor del golpe y la sangre que manó a continuación, devolvieron al profesor el sentido de la realidad.

Se levantó del suelo, adonde había ido a parar, y murmuró:

—Creo que me estoy portando como un imbécil…

—Yo también lo creo, Barton —aseveró Kerry—. Y como otra cosa, además…

Kerry Bokker valoraba con sentido experimentado la reacción de Barton. Se le notaba intrigado por algo. Al fin dijo, renuente:

—De lo mismo que usted me ha acusado, podría hacerlo yo…

Barton se le quedó mirando, intrigado.

—¿Qué insinúa? ¿Que he sido yo? ¡Está usted loco!

—Quizá lo esté —Kerry tenía algún problema con sus pensamientos—. Sí, quizá lo esté… Pero a Coling pudimos matarlo cualquiera de los tres, si hubiésemos tenido un motivo. Cada uno marchó por su lado y no se nos ocurrió vigilarnos mutuamente. Ahora, estamos solos los dos y yo no maté a Coling. Usted se ha quedado en el remolque, pero ha tenido tiempo de buscar a Sheridan, golpearlo, y volver a esperar mi llegada. Reconozco que usted no sabe lo que yo he hecho durante la última hora, pero tampoco sé yo sus pasos, ni sus movimientos. Vamos a considerarnos en igualdad de condiciones, y dejar de acusarnos tontamente.

Aunque Kerry hablaba así, Barton se dio cuenta de que no se borraba de la cara de su compañero la expresión de recelo.

—Pero ¡yo soy incapaz de matar…!

—¡En cambio, yo sí, eh! —contestó violentamente Kerry. Estaba empezando a cargarle el sentido de autoprotección del profesor, siempre basado en su debilidad de carácter.

—Usted es fuerte… es valiente… ¡Usted puede hacer lo que quiera!

—¿Qué le pasa, Barton? ¿Se va a echar a llorar?

Aunque lo parecía, no era ésa la intención oculta del profesor. Le temblaba la carnosa barbilla, pero en sus ojos se estaba cristalizando otra expresión muy distinta.

—¡No! No voy a llorar… —dijo—. ¡Voy a seguir! ¡Voy a seguir! ¡Tengo que seguir!

Un terrible mazo pareció surgir de la nada, cuando Barton volteó la mano con rapidez.

El golpe cogió desprevenido a Kerry y le abrió la cabeza.

Un ancho surco atravesó de parte a parte la cara del sorprendido periodista, como si le hubieran pintado una raya horizontal con una gran brocha roja.

—¡Tengo que seguir! —gritaba Barton como un poseso, repitiendo sus golpes con un frenesí inconcebible.

Kerry Bokker yacía en el suelo, sin sentido o muerto, pero Barton seguía golpeando y golpeando con aquella extraña maza de mango enchufable, terminada en una mano de hierro.

Sólo cuando se sintió agotado, se detuvo.

Estaba bañado en sudor.

Jadeante.

Loco.

—¿Lo ves, Mary Axe? ¿Lo ves? Querían robarme tu amor. Unos y otros, todos, quieren separarte de mí. Nadie lo ha de conseguir… ¡No lo conseguirán! Espera, esposa mía, espera, que corro a tu lado. No te impacientes… ¡He matado por ti! ¿Quieres más pruebas de amor?

# CAPÍTULO III

A la espalda, entre las ruinas de Kovrin White, quedaban tres cadáveres destrozados por una mano de hierro.

El profesor Allan Barton se dirigía a su casa, gordo, pesado, sudoroso.

Más gordo que antes, más lento que antes, más viejo que antes.

Mientras buscaba la llave con dedos temblorosos, y la soltaba de la cadena de oro del cuello, no se daba cuenta de nada.

Fue un extraño ser sin forma el que despojó de maderas quemadas la entrada del sótano, y fue Elton Meigs quien metió la llave en la cerradura del cuarto del fondo, tras la cortina.

—¡Ya estoy aquí! —dijo triunfante, con su voz atiplada—. ¡Otra vez en casa!

Se dirigió sin vacilar adonde, en otro tiempo, un ataúd descansaba sin soportes a cierta distancia del suelo.

No estaba el ataúd.

Pero su sitio lo ocupaba una perfecta figura de cera, vestida con una túnica blanca de largas aberturas a los costados.

¡Mary Axe!

Elton Meigs se incorporó sobre las puntas de sus pies y besó con unción las mejillas de la figura de cera.

—¿Quieres estar conmigo un rato, Mary Axe?

Nadie podía contestarle.

—Espera que cierre. Un segundo, por favor.

La puerta de la cripta se cerró con un golpe sordo y Elton Meigs rió quedamente.

—Mi querida mujercita…

Pareció que un soplo de aire movía la túnica de la figura de cera. Luego, unas sombras imprecisas cambiaron de postura en la cara de cera de Mary Axe.

Los ojos temblaron con un parpadeo suave, y se abrieron y

cerraron.

Mary Axe se movió un instante en su sitio, y abandonó el soporte de madera.

Dando un suspiro, descendió el pequeño escalón que la separaba del suelo y se encontró en medio de la cripta.

Elton Meigs observaba este rito con expresión arrobada de felicidad.

—¡Mary Axe! —murmuró.

—Soy yo —dijo la figura.

—¡Oh! Ya has vuelto.

—Sí.

—Te hice esperar mucho, ¿verdad?

—Mucho, Elton. Creí que nunca vendrías.

—Yo vengo siempre, esposa mía. ¡Siempre! ¿Quieres sentarte?

El sótano estaba ahora amueblado con profusión de bellas piezas del más puro estilo antiguo.

Se habían instalado allí alfombras, armarios, sillones, lámparas, mesitas… Todos los objetos propios de un salón acogedor.

Sólo una de las paredes había quedado libre, y en ella se alineaban algunas figuras de cera.

Eran los restos salvados del incendio, impecables en su colocación, menos una figura que se distinguía de las demás por tener la ropa quemada, estar sucia, y verse en ella las fatales consecuencias de los últimos momentos del museo.

Las otras figuras estaban restauradas y vestidas con los trajes apropiados, pero aquélla no.

La que representaba a William E. Gardiner no había sido tocada por nadie.

Mary Axe se sentó en uno de los sillones, y Elton Meigs ocupó otro de los contiguos.

—¿Estás contenta?

—No, Elton. Tú ya lo sabes.

—Es porque estás asustada, Mary Axe. Fue terrible lo que ocurrió. Se te pasará con el tiempo. Ya lo verás…

—¿Dónde está mi cuerpo?

—Lo tienes contigo, mi amor. Quedó entremezclado con la materia de la figura de cera…

—¡Quítamela de encima!

—No puedo…

Elton Meigs se enfurruñó como un niño pequeño, pero no hizo lo que le pedían.

—Entonces, dime ¿cuánto tiempo llevo aquí?

—Muy poco.

—¿Cuánto?

—Dos años…

—¡Y eso te parece poco a ti!

—Sólo hemos estado juntos una vez…

—¿Por qué no me dejas marchar?

—Te quiero y eres mi mujer…

—Sabes que eso no es cierto, Elton.

—¡Sí lo es!

Mary Axe notaba en su interlocutor unas características desconocidas en él. Había algo que lo tenía asustado e inseguro.

Sintió que la esperanza renacía en su interior. Sabía cómo manejarlo.

—Tienes buen aspecto —le dijo, pues en Elton Meigs se notaban síntomas de todo lo contrario.

—Estoy contento, Mary Axe. Hoy he hecho algo grande por ti…

—¿Qué has hecho?

—No te lo puedo decir.

—¡Dímelo! —Mary Axe puso un matiz mimoso en la pregunta, y Elton picó el anzuelo.

—¡He matado a los tres hombres que te buscaban! —soltó triunfante.

La joven, aunque presa todavía en aquella envoltura, supo que tenía una ligerísima oportunidad.

Un brujo no podía dar la vida, ni quitarla, sin sufrir un gran quebranto en su poder.

Se dispuso a llevar las cosas tan lejos como fuese preciso.

—¿Tanto me quieres?

—Sí, tanto…

—Si me dejases estar lejos de este armazón…

—¿Qué harías?

—Lo que tú quisieras…

El viejo sintió una emoción indescriptible.

—¿Lo harías? Dime. ¿Lo harías?

—Sí.

Todavía hubo una vacilación en Elton Meigs. Se le vio luchar con el miedo a cometer un irreparable error, pero, a la postre, pudo más su deseo y su sensación de seguridad.

¿No había matado? ¿No había sido más fuerte que todos?

Recibiría ahora el premio.

—Bien… ¡Sea! Ponte en pie y aléjate de los muebles.

Mary Axe corrió a un lugar despejado y allí quedó quieta.

Sintió una bocanada de un distinto aire puro en los pulmones y vio a su lado una figura de cera exactamente igual a ella.

Sin ninguna transición, ni grata ni dolorosa.

—¡Lo has conseguido, Elton! —exclamó alegre, tocándose los desnudos brazos.

—Ahora, dame lo que me has prometido…

—Dime primero quién eres.

—¿Es que no lo sabes?

—No.

—Soy Allan Barton, tu compañero de Universidad.

—¡Allan Barton!

La doctora Axelbrook Mathieu comprendió de repente muchas cosas.

Allan Barton había estado toda su vida enamorado de ella, sin ser jamás correspondido. Aquella mente tortuosa había sido capaz de…

—Tú me has perseguido siempre, Allan.

—Te quería para mí.

—¡Y has creado el mito de Holborn, y has dejado que una verdadera ciudad ardiese totalmente, sólo como pretexto para tenerme a tu lado!

—Sí.

El contenido cruel e infantil de la personalidad de Barton-Meigs, resultaba repelente y contrario a la razón.

Tener delante a aquel hombre viejo, grueso, abyecto en sus intenciones, estaba a punto de rebasar la capacidad de disimulo de Mary Axe.

—Pero ¡algo te falló!

—Fue culpa de Gardiner. Ese loco imprudente, al que hice sufrir mil muertes a cual peor, lo estropeó todo. Y encima, en el último

instante, en un segundo de descuido mío, invocó al fuego y arrasó Holborn.

Elton Meigs estaba temblando de rabia.

—¡Y Kovrin White! —puntualizó la joven, que no quería dar un punto de reposo a la locura de su enemigo.

—¡Eso no me importó nada!

—¡Le debiste dejar controlar el fuego! ¡Él hubiera podido hacerlo!

—¡No me dio la gana! ¡Que muriesen todos en el incendio! ¡Yo estaba desesperado! ¡Él también quería robarme tu amor!

Mary Axe supo que había llegado el momento de jugárselo todo a una carta.

—¡No es verdad! —exclamó vehemente.

—¡Sí es verdad!

—¡Te juro que no! ¡Deja que él mismo te lo diga!

—¡No!

—¡Hazlo por mí! Él te dirá que yo nunca lo he querido. ¡Yo sólo te he amado a ti!

—¿De verdad? ¿Es eso verdad, Mary Axe?

—Convéncete tú mismo.

Y Elton Meigs cometió el garrafal error de dejarse llevar por la vanidad.

William Gardiner empezó a moverse y dio un paso al frente.

¡No quedaba ninguna figura cerca de él!

¡Aquella bestia humana lo había dejado con su propio cuerpo convertido en cera durante dos años!

—¡William! ¿Eres tú realmente? —gritó Mary Axe.

Gardiner miró a su alrededor, completamente desconcertado.

—¿Qué ha pasado? ¡Dios mío, Mary Axe! ¿Qué hacemos aquí?

Como una exhalación, la joven se acercó a él y le tomó la mano.

—¡William! ¡Por mí! ¡Por nosotros! ¡Ayúdame!

—Sí —musitó Gardiner.

Y Mary Axe, fuerte como una roca, bebiendo vida del hombre que amaba, enfrentada a un enemigo viejo, a un brujo con el poder anulado por las recientes muertes, dijo la palabra adecuada.

¡El cadáver de Allan Barton se desmadejó en el asiento!

—¡Hemos triunfado, William! ¡Al fin lo hemos conseguido!

Dejando en el sótano al verdadero culpable, a Allan Barton

muerto, los dos jóvenes salieron a la superficie.

El sol se había puesto ya.

Los dos años perdidos quedaban atrás.

William Gardiner y Axelbrook Mathieu se abrazaron estrechamente.

Para ellos no habría más tinieblas.

F I N